

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 7 de Abril

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Galantería exagerada.....	José Vasconcelos	El Congreso Panamericano de la Habana.....	Manuel Ugarte
La mejicanización de Europa.....	Guillermo Ferrero	La estela de Blasco Ibáñez.....	Gabriel Alomar
Pueblo iberoamericano y pueblo español.....	Joaquín Edwards Bello	Cuartillas.....	Ramón Pérez de Ayala
Boletín de la celula peruana del Apra en México.....	Haya de la Torre	Las nubes.....	Alberto Guillén
Dos poemas.....	Amapola	Arboles silenciosos.....	A. H. Pallás
Tablero (1928).....		Las aguas del mar.....	A. Ghirardo
Aniversario de Galdós.....	Luis Bello	Gorriónes parisinos.....	Juan E. O'Leary
Algunas palabras con Diego Rivera.....	Rafael Estrada	La Edad de Oro.....	H. Quiroga, Marta Brunet y R. H. Valle
Circuito Corto.....	Enrique González Rojo		

SE publicó no hace muchos días en México un artículo del pensador italiano Guillermo Ferrero, intitulado *La mexicanización de Europa*. Se refería el escritor italiano, a los métodos mexicanos de gobierno ejercido por generales y como consecuencia de victorias militares; victorias de guerra civil que no bastan para constituir a nadie ni en Bonaparte ni en César; pero si son fecundas en la creación de satanismos. Después de recordarnos, la idea que hay en Europa, sobre gobiernos que han solido ser la regla en México y en la parte menos adelantada de la América Latina: en Honduras, en Venezuela, en Perú, nos decía que Europa, o una parte de Europa, se estaba mexicanizando; es decir, estaba cayendo en la degradación de gobiernos personales, gobiernos dictatoriales.

Galantería exagerada

Si es posible para el Repertorio.



Comenzaremos haciendo notar que Ferrero no deja muy claro en su artículo un hecho que debería haber precisado y es que no se trata de la mexicanización de Europa sino de la parte tradicionalmente atrasada de Europa—por ejemplo, los Balkanes y Hungría y dos naciones que en su época han sido eje del mundo; dos naciones que son todavía ilustres pero que actualmente padecen esa suerte de mexicanidad política, para seguir empleando el epíteto que le ha parecido justo a Ferrero. Las dos naciones ilustres de que acabo de hablar, son, ya se adivina, Italia y España.—¿Quién le iba a decir a España que el régimen de los Capitanes Generales, el régimen de gobierno militar impuesto a sus colonias en la época de la decadencia española había de ir ganando terreno y de fracaso en fracaso, después de perder las colonias, habría de establecerse como un azote y un castigo en la península misma? Sin embargo debió haberse previsto porque tal es ley de todo imperialismo, de todo militarismo. Se comienza tiranizando provincias distantes, países sometidos, pero se acaba cayendo bajo el yugo de los mismos instrumentos de dominación destinados a la conquista exterior. Tal es el castigo del pecado colectivo de la conquista, en realidad, el equivalente de la otra terrible ley, dirigida hacia los responsables de matanzas individuales: «El que a hierro mata a hierro muere». Pueblo conquistador será, a su vez, conquistado; he ahí términos equivalentes de una dinámica lenta pero fatal dentro de las normas de este juego misterioso de la historia.

El Capitán General Calleja perdió a México y nos dejó en México la nefasta herencia de gobernar al país con decretos, facultades extraordinarias y planes de caudillos. Gracias al sistema, así como España nos perdió a nosotros, nosotros perdimos a Texas, a California y nos encontramos, ahora todavía, retrocediendo y perdiendo.

El Capitán General Morillo, aquel que era *tan hombre que nunca dió cuartel*, que nunca perdonó un prisionero; que nunca titubeó un instante, cuando se trataba de exterminar a un *traidor*; aquel abuelo del caudillaje hispanoamericano, hizo que España perdiera para siempre a Venezuela, y además, dejó sentada la tradición caudillesca en Venezuela, cuya última hazaña es la despoblación de la patria venezolana y la entrega de los pozos de petróleo al extranjero.

Los Capitanes Generales—derrotados en el continente, se refugiaron en Cuba; después de dejar su semilla en el continente, se dedicaron a extorsionar a Cuba y no cedieron un instante sino hasta la hora precisa en que los cubanos prefirieron ver desem-

barcar al yanque en su patria, antes que seguir sufriendo el régimen político del caudillaje militarista... Pero lo que es peor, la lección no aprovechó, no fué comprendida por la multitud: España no abominó del Capitán General y del entorchado. Al contrario, sucedió que los Weyler, inútiles ya, licenciados por la derrota, en las colonias, se aplicaron a las provincias de la madre patria: Cataluña heredó el régimen del Capitán General; pero siguen las derrotas; el Capitán General es vencido en toda la línea en Marruecos; se diría que iba a llegar el instante en que la nación, cansada para siempre de las torpezas de la espada, iba a castigar, iba siquiera a destituir a los culpables del desastre y a los representantes de un régimen que representa para todos nosotros una tradición de bochorno. Ya sabemos que ocurrió todo lo contrario—los

Capitanes Generales se han convertido en Directorio. A esto lo llama Ferrero la mexicanización de España.

Es indudable también que al hablar Ferrero de la mexicanización de Europa se refiere a la mexicanización de Italia; no lo dice expresamente porque el pobre vive en Italia; todos sabemos la gimnasia intelectual que es menester en los pueblos mexicanizados, para escribir líneas que sean publicables; líneas que pasen la triple barrera de la censura de los tipógrafos organizados en *Inquisitorial sindicato*; la censura de los dueños del diario que tienen que vivir alertas en defensa de la bolsa y la vida; la censura que ya después de estas dos anteriores apenas necesita ejecutar la autoridad militar política. Hemos adivinado la situación de Ferrero; no puede hablar claro y para poder decir que Italia se mexicaniza, ha tenido que hablar de toda Europa.

Exagera y aún incurre en notoria inexactitud porque la verdadera Europa contemporánea: Inglaterra, Francia, Alemania; los países Escandinavos o Bélgica nada tienen que ver con la mexicanización europea. Pero exagera también Ferrero hasta cuando habla de la mexicanización italiana.—No tengo el menor propósito de buscarle exculpantes al régimen fascista; sólo deseo precisar lo que es el régimen mexicano, tal como lo padecemos en la actualidad. Para hacerlo me bastará con señalar un paralelo reciente. No hace mucho tiempo Mussolini, el dictador de Italia, y además legalmente su Primer Ministro, su Jefe de Estado, fue víctima de un atentado; descubiertos los autores del complot para acabar con la vida del primer ministro, se les encarceló, se les enjuicio; el proceso fue público; se les sometió a autoridades del orden judicial no obstante que uno de los acusados era general; el juez condenó a los acusados, los condenó a ocho o menos años de prisión; no pudo haberlos condenado a muerte porque aún las más bárbaras legislaciones, respetan la práctica de tomar vida por vida; pero nunca de matar a uno que no logró matar. Esto equivale a hacer del Estado una institución más bárbara que el criminal; por eso en donde hay el más elemental barniz de civilización, la pena de muerte se aplica al homicida, convicto y confeso; nunca al reo de homicidio frustrado.

Siguiendo esta práctica elemental, los presuntos asesinos de Mussolini están en la cárcel y dentro de algunos años, una vez compurgada su pena, gozarán de libertad.

En México, no hace muchos meses, un grupo de individuos, entre los cuales había un humilde obrero, arrojó una bomba al paso del automóvil del Sr. General Obregón; el General que ganó las batallas necesarias para que el Sr. Calles ocupase la

presidencia; el General que con su prestigio militar sostiene el régimen del Sr. Calles y el General que ha hecho reformar la Constitución a fin de poder seguir funcionando sin trabas legales y sin necesidad de testafierros, como Ejecutivo de México.—La bomba, rozó ligeramente la mejilla del General; los asaltantes huyeron; pero los acompañantes del general los persiguieron a tiros, mataron a uno de ellos antes de la captura, a otro lo capturaron herido, con otros dos complicados. Los partidarios del General entregaron a los presos a un General que ejerce funciones de Inspector de Policía; uno o dos días después se anunció que los reos habían hecho confesión ante las autoridades de la policía. Uno de los reos, decía el reportaje, «está herido

de un ojo, pero ya se le ha practicado una operación en el otro ojo, en el ojo bueno; como consecuencia ha quedado ciego». Como consecuencia de las declaraciones de este individuo así mutilado, así torturado, se procedió a la aprehensión de personas que no habían figurado directamente en el atentado; se les acusó, sin embargo, de autores intelectuales y junto con los primeros presos, se les ejecutó a los cinco días, más o menos, del conato de homicidio de un General que no ocupa puesto alguno oficial en el gobierno. Se pasó por las armas a cinco hombres, sin que en el proceso respectivo apareciera el cuerpo del delito, puesto que no había muerto.

Para hacer legal el fusilamiento de estas pobres gentes hubiera sido necesario presentar a los jueces el cadáver de Obregón; aún así, los supuestos delincuentes no debieron ser juzgados por un Tribunal de policía compuesto de un general y dos coroneles, más un escribiente, sargento. El hecho es que por el mismo delito, un conato de atentado, por menor delito, puesto que el Sr. Mussolini es primer Ministro, en tanto que el Sr. Obregón oficialmente es un simple particular—hubo en México cinco muertos—en tanto que en Italia sólo hay tres prisioneros condenados a pena relativamente menor, como su crimen.

Supongo que este caso, para

J. Vasconcelos

Chicago, Ill.

cuya verificación puede consultarse la colección de los diarios de México, de los diarios del mundo en el mes de Noviembre a Diciembre del año pasado, bastará para convencer al Sr. Ferrero de que todavía Europa, aun el sur de Europa, está muy lejos de haber conquistado la eficiencia mexicana en el arte de matar.

En realidad lo que pasa es que el Sr. Ferrero está fuera de su asunto al escribir sobre estos sucesos mexicanos. El Sr. Ferrero es historiador y para juzgar casos como el que acabo de relatar, no tiene él competencia, no la tiene el historiador; para juzgarlos haría falta un criterio como el del suegro del Sr. Ferrero, el criterio de Lombroso; son casos que interesan a la historia de la criminalidad.

Los acontecimientos de México y de Nicaragua atraen periódicamente la atención del mundo sobre las perturbaciones políticas que agitan de vez en cuando a la América latina, española o portuguesa. Desde hace un siglo que son independientes, todos los Estados de la América latina han pasado sucesivamente por crisis políticas violentas. En ciertos momentos estas crisis han sido tan numerosas y turbulentas que la América del Sur se ha convertido, para muchas personas, en el país fabuloso del desorden político, ya que generales de opereta se disputan el Poder con pronunciamientos.

Esta opinión es un poca exagerada.

Cierto número de Estados sur-americanos, como los grandes Estados del hemisferio austral (Brasil, Uruguay, Chile y, sobre todo, la Argentina), han logrado una estabilidad política y administrativa que puede ser considerada como definitiva, en el sentido que este adjetivo tiene de las cosas de la política. Es indiscutible, sin embargo, que muchos Estados de la América latina no han llegado, a pesar de un siglo de independencia, a esta estabilidad; que caen periódicamente en las crisis de la anarquía militar, y que, a veces, estas crisis se convierten en un elemento de perturbación internacional. Este es el caso de México. ¿Por qué razón?

La civilización occidental ha hecho en la América latina la primera grande experiencia de una dificultad que comienza a atormentar a una parte de Europa: la dificultad de organizar un Gobierno representativo y una República parlamentaria sobre las ruinas de un sistema monárquico desaparecido repentinamente. Exceptuando al Brasil, los demás países de la América latina pertenecieron, hasta principios del siglo XIX, a la Corona de España. Mientras que España dominó, la legitimidad monárquica de la vieja Europa aseguró, incluso

La mejicanización de Europa

=De *El Sol*, Madrid=

en América y en espacios inmensos, un orden vulgar, pero estable. A principios del siglo XIX, y efecto de la Revolución francesa, todas esas colonias reivindicaron su independencia.

Derribada la autoridad del Rey de España, y proclamada la República, esos Estados debían haber organizado democracias como con brillante éxito hicieron los Estados Unidos.

Pero este esfuerzo que obtuvo un éxito brillante y se consiguió con relativa facilidad en los Estados Unidos, por diversas razones, encontró muchas dificultades en la América latina. En todas partes, dictadores, o para emplear una palabra más exacta, «tiranos», se aprovecharon de las primeras dificultades del régimen representativo para adueñarse del Poder por la fuerza y para establecer una especie de absolutismo militar, del modelo, entonces reciente, de Bonaparte. El absolutismo provocó resistencias, revueltas, represiones, destierros y guerras civiles, a veces largas y sangrientas. Esta es la eterna historia de los regímenes basados en la fuerza.

Como he dicho ya, ciertos países—la Argentina, por ejemplo—consiguieron salir de ese período tormentoso y organizar un Gobierno regular con una relativa rapidez. Estos son los países de la América del Sur que se han desarrollado más de prisa. Pero en los otros países las dificultades que había que vencer eran más grandes, pues el problema no se ha resuelto aún definitivamente, a pesar de haber transcurrido más de un siglo. México es uno de estos países. Después de largas y sangrientas perturbaciones que provocaron la intervención europea, se llegó a una solución estable bajo el mando de un «tirano» inteligente y prudente: Porfirio Díaz. Mas apenas desapareció el tirano el país volvió a caer en el caos.

Durante un siglo ha asistido Europa a todos esos golpes de Estado, a todas esas revoluciones, a todos esos pronunciamientos como a un espectáculo raro, poco comprensible para ella, y a los que debía considerar como una manifestación de un estado social inferior. ¿Quién hubiera dicho,

sólo hace diez años, que ella había de sufrir la misma prueba y encontrarse frente al mismo problema? Y esto es, sin embargo, lo que tenemos ante la vista. El derrumbamiento del sistema monárquico o su debilitamiento, como consecuencia de los acontecimientos de 1917 y de 1918, han sido para muchos países, lo que la extinción de la autoridad de la Corona española fué hace un siglo para los países de la América latina. Bruscamente todos esos países se han visto en la necesidad de gobernarse por sí mismos por el sistema representativo basado en el sufragio universal.

Ante esta necesidad Europa va a darse cuenta de que durante el siglo XIX juzgó con mucha ligereza las perturbaciones «suramericanas». Esas perturbaciones no nacían de un fermento bárbaro de anarquía como se creía en el viejo mundo; nacían y nacen de dificultades originadas por el más grave de los problemas que se plantean, desde hace un siglo, ante la civilización occidental y que parece llegará a ser un problema de toda la humanidad. En Europa y en América se discute con calor si los Gobiernos representativos, las instituciones parlamentarias y la democracia son buenas o malas. Como cada uno emplea para resolver la cuestión el argumento que más le conviene para llegar a la conclusión optimista o pesimista que prefiere, la discusión continúa y continuará sin llegar a ninguna conclusión.

Pero la realidad es mucho más compleja que lo que esas discusiones suponen. La democracia o las instituciones representativas, de que son órgano, se convierten, cada día más, en una necesidad impuesta a todos los pueblos por la lenta erosión de las viejas instituciones basadas en la tradición y en la religión que gobernaban en otro tiempo al mundo. Es necesario que los pueblos se gobiernen por sí mismos, porque no existe ya ninguna po-

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas
- de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

tencia superior capaz de gobernarlos a sus espaldas y desde el exterior.

Gobernarse por sí mismo no es, sin embargo, una cosa sencilla y fácil para ningún pueblo. La democracia exige, para su buen funcionamiento, un esfuerzo de toda la nación, es decir, de todas las clases sociales, esfuerzo mucho más intenso que el que hacían los Gobiernos de otro tiempo. Ahora bien, en Europa, lo mismo que en la América Latina, si hay pueblos que triunfan muy bien con este esfuerzo, hay otros que triunfan menos. Entre estos últimos los hay para quien el fracaso depende de la inexperiencia y debe considerarse aquél transitorio. Otros, al contrario, parecen carecer de las aptitudes necesarias y estar destinados a un fracaso permanente. De donde resulta que también en Europa hay golpes de Estado, pronunciamientos, dictaduras militares y todo lo demás que

parecía antaño una especialidad americana. Una parte de Europa se mejicaniza más o menos.

Y así se crea en Europa y en América una situación de desequilibrio entre los diferentes Estados que probablemente va a crear nuevos problemas de los que los pueblos no tienen aún ni siquiera idea. No debemos olvidar jamás que el problema del orden es al mismo tiempo un problema particular de cada Estado y un problema universal, pues las sacudidas de un Estado en desorden, a la larga, terminan siempre por trascender más allá de las fronteras. Desde este punto de vista los acontecimientos que se desarrollan en la América Central, entre Nicaragua, Méjico y los Estados Unidos, a pesar de ser por sí mismos pequeños, pueden tener una cierta importancia como signo. Hacen entrever al observador atento ese nuevo problema que comienza a plantearse.

Guillermo Ferrero

Pueblo iberoamericano y pueblo español

(Especialmente arreglado para el Rep. Am.)

Don Luis Bello, redactor de *El Sol* de Madrid, es un hombre alto, seco, de gafas, que ha dado en recorrer España pluma en ristre, cual un moderno Quijote, para apreciar de cerca las condiciones en que se desarrolla la instrucción pública. Ayer publicaron los diarios un telegrama sensacional de la U. P. relatando estas actividades, ya bien conocidas del público español, y yo me pregunto con cierto temor qué efecto producirán esas noticias en el público americano. Así, de zopetón, no hay nada más desastroso. Dice: «En Fuencarral, Colmenar de Oreja, Parda, Fuenlabrada y Las Rosas, a algunos kilómetros de Madrid, las escuelas están absolutamente desatendidas. En Parda, por ejemplo, la escuela se halla en un toril, donde encierran al ganado, y cuando hay toros los muchachos tienen que salir de allí». Y sigue narrando escenas que deben ser espeluznantes para esa gran mayoría de personas que no conoce las excelencias de la cultura española, a pesar de sus defectos, y que yo no pretenderé explicar, sino simplemente insinuar con impresiones relampagueantes de mis viajes.

Que existe un pueblo donde el Alcalde no consiente que tomen lección más que sus hijos; otro, donde no se ha visto una rueda; otro, donde al maestro le llaman *El Gibao*; otro, donde le llaman *Enseñador*, y otro, por fin, donde tiene que ir a enseñar provisto de una escopeta para que no le asalten... Esto es lo que transmitió ayer por cable la U. P. Es decir,

esta noticia vibró por encima de pueblos y océanos, para ilustrar instantáneamente a una muchedumbre de americanos.

Sí: yo creo que todo ello es cierto. No puedo dudar. Don Luis Bello es un periodista recto, apostólico, sin tacha. Conozco esos pueblos de los alrededores de Madrid, cuyos habitantes tienen fama de ignorantes. He asistido precisamente a la inauguración de una escuela en Colmenar de Oreja, y he vivido en Pozuelo de Alarcón más de un año. Pues bien: conozco barrios bajos de ciudades populosas, no españolas, donde casi todo el mundo sabe leer y escribir y donde roban y asesinan de día claro; en cambio, en Pozuelo de Alarcón, nunca oí decir del robo de una gallina. Creo que existe gente dotada con ciertos elementos de instrucción pero, que carece de cultura y vice-versa.

En España el pueblo goza de una cultura milenaria casi inexplicable. Al tomar uno de esos trenes domingueros que sale de la estación del Norte, nos llamaba la atención el trato cariñoso, la dulzura de esas comadres con niños en brazos que llenan los compartimentos de tercera. Las mujeres españolas son generalmente dulces, compasivas y dotadas de una extraordinaria facultad de expresión. En Madrid es muy interesante la hora en que las mujeres de los obreros depositan sus cacharros limpios, con la comida preparada por sus propias manos: una servilleta, el cosido, el pan y un vaso de vino de la tierra. El cocido madrileño, fundamento del hogar

pobre, es un alimento noble, completo. Si la comida es un símbolo, el cocido es simple y nutritivo.

Existe una diferencia esencial entre el pueblo de Iberoamérica y el de España, Francia o Italia. Tomando como ejemplo a España es fácil advertir el orgullo infinito que el pueblo siente de ser pueblo; en nuestra América, en cambio, se diría que el pueblo tiene vergüenza de ser pueblo y pugna por ser otra cosa aún por medio de la violencia. De ahí las envidias de clase y la aspereza de la vida social. La falta de un pueblo que viva orgullosamente su vida de pueblo, es sensible para el arte, por cuanto el pueblo es el coro en la ópera de las ciudades. Pero no se desprende puramente consideración artística de la presencia o ausencia de espíritu popular fuerte y acusado. Sostengo que la ausencia de pueblo desequilibra a las naciones, además de dar a la vida social ese aspecto que otrora llamé de «cinematógrafo sin música». El pueblo es casi siempre el colaborador y el panorama humano del forastero que no puede pretender a la vida aristocrática en grandes ciudades con aristocracia seria y cimentada. Así, de no haber pueblo, el forastero descubre ante su vista el árido panorama de un desierto. Es pueblo el cicerone, el guardia, el camarero, el tendero. El turista ve el arte y la arqueología, y la historia y el espíritu de la nación que visita, a través del pueblo. La verbena de España, como la *fête* de París, pertenece al pueblo. Recuerdo una escena insignificante, y, sin embargo, no podría darse en parte alguna de Iberoamérica.

Pregunté a una vendedora en el mercado de París (Les Halles) que quién podría comer becasinas con lo caras que estaban; la *marchande* rubicunda se puso una mano en la cadera y me largó esto: *Les ouvriers, parbleu!* Los obreros comen las becasinas.

En cambio, aquí, los obreros no comen perdices, ni becasinas, pero están alimentados con una absurda literatura de asalariados que no ha pasado de literatura porque no se puede llevar a la práctica el absurdo. Lo que me ha irritado siempre en las cuestiones sociales de mi patria ha sido el escaso talento y la falta de lealtad de los directores desdoblados siempre en politiqueros. En la pasada política la cuestión social y el chanchullo se daban la mano; los lobos estaban disfrazados de pastores. Nuestros socialistas no tuvieron jamás ni la serenidad, ni el valor para avanzar de verdad, es decir, por etapas.

La familia española, fundamento de la raza y promesa o materia prima, sobre la cual se podrá edificar un sólido porvenir, está basada en la honradez a machamartillo de la muchacha, en el amor creciente de la es-

posa y el culto, no igualado en país alguno, de la madre. Este culto de la madre es tan general y tiene aspectos tan pintorescos como el caso de las niñas alquiladas en los cabarets que, en el momento de la cena, hacen llegar un bisté a la autora de sus días que espera inevitablemente en la penumbra. Otro aspecto de humanidad en España, es la distinción natural de la gente. Recuerdo algunos hechos, como ese guardia, de bastoncillo, al que me allegué una mañana, preguntándole por una calle. Me miró de hito en hito, posiblemente disgustado por mi prisa, que ni siquiera le saludaba. Se irguió y me obligó a repetir saludando, nada más que con estas palabras: «Buenos días». Lo mismo podría decir de las porteras, de los barrenderos y hasta de los mendigos, esas cariátides de las calles madrileñas, que dijo Alfonso Reyes.

Y ya que los mendigos salen a cuento, consideremos que esos seres están libres en España: han perdido el uso de los ojos, pero no ha caído sobre ellos la puerta horrible del asilo municipal; no es noche eterna para ellos, que están llenos de ruidos y luces del vivir. En ninguna parte del mundo se nota tanta dulzura para con esos vencidos. Esa cultura ingénita, lo más interesante y espontáneo de la Península, no se puede enseñar en textos.

Yo me he extasiado muchas veces viendo la fuerza infinita de materia prima que se desprende del pueblo español, en los mercados, en las plazas populares, en los barrios bajos y los teatrillos. Ni los silabarios del odio de clases, ni las quintaesencias del comer y el vestir, han llegado a ellos. Tienen una ignorancia infinita de las costumbres de otros pueblos, o mejor dicho, como un ignato desprecio. Considerando que nacemos con un crédito fijo de emociones, esa gente constituye una de las mayores reservas de humanidad. Uno de los aspectos emocionantes de España es su fuerte porcentaje de analfabetos, es decir, el desarrollo intenso en el pueblo de otras facultades que nosotros, los uniformemente instruidos, no conocemos. Por eso los americanos quedamos estupefactos de escuchar a los plebeyos españoles sus cantares y refranes; nos maravillan su gracia y prontitud para juzgar una situación. Esa misma resistencia para adoptar las normas europeas de cultura durante años y años, hace la potente originalidad que atrae al turista inteligente. En general, el escritor español ha sido impotente para traducir esa fuerza de su patria. En cambio, los franceses lograron traducirla siempre: Mérimée, Gautier, Dumas, Suarés, Barrés, Louys, etc. Los escritores españoles tuvieron el mal gusto de juzgar como detractores a aquellos franceses que consiguieron dar una visión exacta del panorama español.

En su obra *Juventud, egología*, Baroja recuerda lo que le dijo su pariente Justo Goñi de su obra *La lucha por la vida*. «Tu personaje, le dice, es un hombre del pueblo, falsificado. Es como tú que no puedes ser más que un señorito». Continúa Baroja: «No ha habido ni hay escritores españoles de alma, de efusión popular. El mismo Dicenta no lo era. Su *Juan José* no es un obrero, es un señorito. El alma popular no la coge nadie».

El español en forma de botón, no *epanoui* por la cultura y la riqueza, me parece lo más interesante de la Península. Todo lo antipáticos, ensimismados, megalómanos, ariscos, que son los Ortegas, los Barojas, los Pérez de Ayalas, los Unamunos, son de simpáticos los plebeyos. La gracia, el heroísmo, la tragedia, que los escritores españoles reflejaron rara vez, están en el pueblo, en la masa analfabeta. Siempre vale más un cantar, una copla o una disputa de la calle que un capítulo de filosofía española. Una de las

ventajas más notables de los analfabetos, es su desconocimiento de los filósofos españoles, tornadizos, narcisos, petulantes y desorientadores. Esa fuerza soleada de pueblo, de analfabetos que viven para su carne dejando a la política, sin contemplarse, sin meditar; ese júbilo gritón y displicente de las caderas españolas populares en las calles llenas de llagas alegres, sin desencantos científicos, es el espectáculo más fuerte y especial que sea posible contemplar a un voluptuoso. El entierro de un torero, el paso de una cofradía o de una pareja de chulos por esas calles tienen una importancia astral inexplicable e inimaginable que acaricia grabándose en nuestro cerebro. La humanidad destila eso con más pasión, y si algo ha quedado flotante e inasimilable de mis viajes, para deslumbrarme algunas veces en visiones aisladas de la realidad, son esos momentos de esas tierras apasionadas que yo quisiera ver siempre fuera de las normas monótonas de la cultura.

Joaquín Edwards Bello

Santiago de Chile.

Boletín de la célula peruana del Apra en México

La Delegación de Leguía en la Sexta Conferencia Panamericana traiciona el pensamiento del pueblo peruano

LA actitud asumida por la Delegación que se atribuye la representación del Perú en la Sexta Conferencia Panamericana, reunida actualmente en la Habana, nos obliga imperativamente a dirigirnos a la juventud y pueblo mexicanos llevándoles el auténtico pensamiento del pueblo peruano en esta hora angustiosa de América Latina.

Un pueblo que pierde el control y ve entregar las fuentes de riqueza nacionales al conquistador extranjero, pierde también automáticamente su soberanía política y el derecho a su propia determinación. El Perú pertenece a esta suerte de pueblos semicoloniales.

La historia del Perú es una larga sucesión de traiciones, de peculados, de pactos y compromisos celebrados por los hombres del Poder con el imperialismo financiero internacional, bochornosa etapa que hoy culmina con el tirano Leguía, máximo exponente del feudalismo peruano y agente incondicional de la banca y de la industria yanquis.

Los Estados Unidos de Norteamérica tenían invertidos en el Perú, para el año de 1918, meses antes del golpe de estado efectuado por el actual régimen, la cantidad de 50 millones de dólares. En 1925 sus inversiones ascendían a 100 millones de dólares, cantidad que para 1928 ha doblado casi. La política hacendaria del leguismo se reduce a una loca sucesión de em-

préstitos colocados en condiciones desastrosas para el país, marcando el fin de su trayectoria—ya que con esto el Perú agota todo lo que le quedaba aún sin empeñar o vender—con el último empréstito contratado en New York cuya primera entrega ascenderá a 100 millones de dólares, siendo su monto total limitado sólo por la capacidad adeudatoria de la nación. El número de concesiones otorgadas por el tirano Leguía a capitales yanquis puede compulsarse con sólo el índice de las sancionadas en 1924: A la Internacional Petroleum Co., subsidiaria de la Standard Oil Co., 3368 millones de metros cuadrados de tierra, como una adición a los ya poseídos por ella, que hacían un total en ese año de 4.840 millones de metros cuadrados. En 1923 la Standard Oil Co., rendía un informe en el sentido de que «el 70% de la exportación de petróleo efectuada por puertos peruanos era producido por capitales norteamericanos». A Pierpont Morgan—con el nombre de Cerro de Pasco Cooper Corporation—el monopolio del cobre que se hizo extensivo a la Northern Perú Mining and Smelting, del capitalista Guggenheim. Los dominios de la Cerro de Pasco Cooper Corporation abarcaban, en el mismo año de 1924—, 28.556.000 metros cuadrados de tierra, además de 30 mil acciones en la American Metal Co.; algunos yacimientos de plata; 9.047.600

metros cuadrados de carbón en explotación; 108 denuncias del mismo producto y una extensa línea férrea, la más extensa del país, con el nombre de Railway Co. La producción de la Cerro de Pasco Cooper Corporation, se tradujo en el año de 1923 en las siguientes cifras: Oro, 5.000 onzas; plata, 500.000 onzas; cobre, 11.000.000 de libras. A la Vanadium Corporation of America, con una inversión de 14 millones de dólares, se le otorgaron 28.556 metros cuadrados de tierra que encierran el 92% de la producción del vanadium mundial; a la Foundation Co., está encomendada la pavimentación de 32 ciudades y la explotación de la única fábrica de cemento, de la cual Leguía es su primer accionista, figurando con el nombre de Peruvian Portland Cement Co. Y concesiones igualmente desorbitadas a la Inca Mining Co., a la Santo Domingo Gold Mines, a la American Metal Co., a la All American Cables, a la Wessel Duval Co., a la W. R. Grace Co., a The National City Bank; entregando así mismo a capitales yanquis la construcción de carreteras, de ferrocarriles, higienización de las ciudades del interior, de diques en el puerto del Callao, una base naval en la Isla de San Lorenzo, etc. etc. Paralelamente Leguía estaba asesorado por Mr. Cumberland, el mismo que acaba de ser enviado a controlar la economía y finanzas de otra colonia: Nicaragua, con el nombre de Consejero Financiero, siendo además Superintendente de las Aduanas y Director del Banco de Reserva. A esto hay que agregar las misiones, también yanquis, de educación pública, de organización naval y de finanzas. Y ya sabemos lo que esto significa en el lenguaje imperialista.

La razón de los números es agobiante como demostración del origen de la postura traidora al Perú y a la América Latina adoptada por la Delegación de Leguía en la Sexta Conferencia Panamericana. Pero hay también razones de política doméstica que determinan esa posición. Leguía, como los Díaz, los Machado, los Ibáñez, los Gómez, necesita crear situaciones ficticias en la realidad del pueblo sujeto a su despotismo para lograr estabilizarse en el Poder que detenta. El Perú hace cincuenta años que viene sufriendo las consecuencias de la guerra fratricida contra Chile. Al apoderarse éste de las provincias de Tacna y Arica dejó para las clases dominantes del Perú el vehículo de todas sus traiciones. En nombre de la reconquista de Tacna y Arica se ha mantenido y mantiene la esclavitud de tres millones de indios, se sostiene un ejército superior a la capacidad económica del país, y en su nombre también se han sucedido en la dirección política esa serie de hombres del sombrío Partido Civilista—al que pertenece Leguía—que nos han

vendido y siguen vendiéndonos al imperialismo extranjero.

Leguía necesitó reavivar el viejo odio contra Chile para conseguir su permanencia en el Poder durante los diez años transcurridos y los que aún le faltan. Pero esto era posible sólo con la contribución yanqui. Los Estados Unidos del Norte lo han apoyado y lo apoyan en esta tarea porque necesitan en la dirección del país un agente incondicional al servicio de sus intereses, porque precisan que nuestros pueblos se mantengan separados entre sí «para poderseles comer a bocados», y porque siendo el Perú el primer comprador y vendedor de Chile, y éste de aquél, en la América Latina, al mantenerlos en estado de agresión permanente, se impone la presencia de un intermediario en las relaciones comerciales entre ambos, que en este caso es el capitalismo yanqui. De aquí el origen del «patriotismo» de Leguía que reclama la reintegración de Tacna y Arica—dos provincias infecundas—al territorio nacional, mientras entrega la millonaria región de Junín, situada en el corazón del país, a los intereses yanquis que la han sujetado a sus jueces, a sus leyes, a su policía propios y a su explotación despiadada.

Al constituirse los miembros de la Delegación de Leguía a la Sexta Conferencia Panamericana en portavoces de los intereses del imperialismo yanqui, pretendiendo legalizar las intervenciones armadas en nuestros pueblos, y al atacar sistemáticamente a México, Leguía no hace más que cumplir con el rol que el imperialismo le tiene encomendado.

Peró el pueblo peruano que sufre en su propia carne la pérdida de la soberanía nacional, no puede acompañar con su apoyo y con su acción a la tiranía que lo hambrea y lo deshonra.

Nosotros recurrimos al testimonio del Embajador de México a las fiestas del Centenario de Ayacucho, quien presencié desde los balcones del hotel en que se alojaba en Lima, el atropello armado de la policía del tirano el día de nuestra manifestación en homenaje a México y a su revolución; recurrimos al testimonio de don Leopoldo Ortiz, ex-Ministro de México en el Perú, que sirvió de testigo en otro atropello de la policía contra estudiantes y obreros por haber propiciado una conferencia del diplomático mexicano sobre la Ley de Accidentes del Trabajo; recurrimos finalmente al testimonio de don Flavio Bórquez, Ministro actual de México en Lima, quien constató el hecho de que la fuerza armada disolviera una manifestación realizada por el frente único de trabajadores manuales e intelectuales de América Latina.—Apra—y las federaciones Estudiantil y Obrera, en protesta por el cablegrama enviado al Presidente

de México por el tirano Leguía —cuando la cuestión clerical de este país—impidiendo el que doce mil manifestantes prosiguieran aclamando a México y a su revolución; y presentamos por último como argumento definitivo la significación que representa el alevoso asesinato cometido por el cantor de las tiranías, Santos Chocano, en la persona de Edwin Elmore—militante de las filas del *Apra*—por defender éste la personalidad de José Vasconcelos que en esos momentos constituía el más alto símbolo de México para la nueva generación peruana.

Hechos todos evidentes y probatorios de que en el Perú se ha sabido y sabe vibrar con fervor y con entusiasmo por los estremecimientos que han venido sacudiendo a México hasta colocarlo gloriosamente en la vanguardia de la América Latina.

Pero la expresión de los más íntimos sentimientos de aquel pueblo—el Perú—de sus anhelos y pasiones, ha podido ser hecha sólo a trueque de su propia sangre. El que la nueva generación de trabajadores manuales e intelectuales peruanos haya podido seguir el ritmo de las nuevas tendencias y de las nuevas ideas ha significado un largo camino de sacrificios, desde la prisión y el destierro hasta la muerte en las torturas.

Por su gran dolor, el pueblo peruano está llamado a salvarse y a redimir el nombre de la nación, que es el pueblo, llevado hoy por sus clases dominantes a la esclavitud del imperialismo y a la traición a la América Latina.

Nosotros—desterrados todos—queremos que el pueblo de México, que los hombres de la revolución, acojan el mensaje angustioso de que somos portadores. A través de ellos nos dirigimos a todos los hombres de buena voluntad de la América Latina. Por la gran tragedia de aquel pueblo, por la seguridad de la América toda, el Perú debe salvarse. El Perú marcha hoy vertiginosamente a convertirse en una Nicaragua grande y Leguía en un Adolfo Díaz máximo. México, América y el propio pueblo peruano que aguarda en el escarnio la emoción de ser libre, son los llamados a no permitir que esta obra halle su culminación definitiva.

HAYA DE LA TORRE, Presidente de Honor de la Federación de Estudiantes del Perú; CARLOS MANUEL COX y ESTEBAN PAVLETICH, Secretarios de la Federación de Estudiantes; MANUEL VAZQUEZ DIAZ, Secretario de las Universidades Populares González Prada; SERAFÍN DELMAR, de la Redacción de la Revista *Amauta*.

México, D. F., febrero 11 de 1928.

Tablero

= 1928 =

Cartas alusiva

México, D. F.
febrero 11 de 1928.

A don Joaquín García Monge,
en San José de Costa Rica.
Admirado y caro amigo:

Con gran oportunidad me llega *Repertorio Americano*. Acabábamos de entregar para su publicidad el Boletín que aquí le envío referente a la actitud traidora asumida por la delegación que representa a Leguía en la Sexta Conferencia Panamericana. El es, paralelamente, una respuesta a la carta de José Santos Chocano. Sólo así, accidentalmente, podíamos responderla. Hasta para nosotros es trágico pretender despojar a Santos Chocano de lo único que posee después de perderlo todo: la gratitud para quien lo libró de la cárcel donde el Perú se habría aliviado de un poeta mediocre y de un criminal artero. Pero nos interesa fundamentalmente el criterio suyo y de los lectores innumerables de *Repertorio Americano*.

Mi admiración y mis dos manos cordiales.

ESTEBAN PAVLETICH

==

El maestro *Sanín Cano* tiene en preparación un libro orgánico sobre la significación social de nuestra América que se propone publicar por intermedio de *Babel* con el título de *Anatomía de la Indiferencia*.

Arturo Cancela, el afortunado autor de *Tres Relatos Porteños*, tiene en prensa un nuevo libro que titula *Palabras Socráticas*. Lo publicará el editor M. Gleizer.

José Carlos Mariátegui se propone publicar este año dos libros. Uno titulado *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en la colección *Minerva* y otro de carácter internacional en la *Biblioteca Babel*.

Waldo Frank, el gran escritor norteamericano, tiene el propósito de visitar la Argentina a mediados de este año. Con tal motivo, don Eduardo Garro ha traducido su libro *Nuestra América* para la editorial *Babel*.

D. *Leopoldo Lugones* publi-

cará este año sus tan esperados *Poemas Solariegos* y también un volumen de *Nuevos Estudios Helénicos*.

D. *Enrique Díez Canedo* tiene en prensa una colección de sus ensayos sobre poetas y escritores de América.

D. *Pedro Henríquez Ureña* ha entregado a *Babel* los originales de un libro titulado: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

D. *Ernesto Montenegro* prepara actualmente una *Antología de cuentistas norteamericanos* para la colección *Babel*.

Fernández Moreno tiene en prensa un nuevo libro de versos que titula *Poesía*. Lo publicará la editorial *América Unida*.

La *Revista de Occidente* publicará este año un nuevo libro de Keyserling: *Diario de viaje de un filósofo*.

Hernández Catá, el gran escritor cubano, tiene en prensa uno *Mitología de Martí*.

==

Señas de escritores:

Luis Cardoza y Aragón.—7 rue de Belzunce. París (Xe).

Salomón Wapnir.—Ingeniero Luiggi. F. C. O. Rep. Argentina.

==

Bibliografía titular:

Almanaque Peruano.—Por Juan Miguel Galvez. 1928. Lima. Donación del autor.

De la índole de este curioso Almanaque literario da una idea el Sumario (abreviado): Vocabulario de algunas raíces técnicas. Florilegio. Poesías. Curiosidades zoológicas. Cuentos. Pensamientos. Fábulas. Anécdotas. Miscelánea militar.

La colaboración peruana es copiosa.

Donación del Consejo de la Internacional del Magisterio Americano. (Corrientes 2038. Buenos Aires. Rep. Argentina):

Resoluciones de la Primera Convención Internacional de Maestros.—(Buenos Aires. Enero 7-17 de 1928).

Dos poemas

(Para él)

1.—Primavera

Ya viene Primavera a llenar mi espíritu de inquietudes y de anhelos. Ya la escucho llegar pausadamente y la escucha mi corazón febril y alucinado.

Y me quedo yo inmóvil, y en voz baja le digo al corazón: "Oye, espera, no vayas tan de prisa, que ya vienen las hadas con sus ánforas llenas, con sus mantos de luces, con los ojos sonrientes y las bocas muy rojas..."

»No corras, calla, espera, que el árbol de mi vida está cubierto de yemas, ¿no oyes cómo revientan con el sol de la mañana?

»Aguarda, corazón, que el sendero de mi alma se ha llenado de flores... y el corazón espera, desfalleciente casi, a que pasen las hadas que han de traerle miel dorada, cantos sonoros y perfumes exóticos de suavidad embriagadora».

y 2.—Mariposa

Mariposa... me llamas, mariposa que liba alegre la miel de tus ternuras. Mariposa de luz y sombra, de sol y primavera.

Mariposa sedienta de cariños que sabe escalar los muros y correr con el viento... mariposa sin rumbo, que vuela soñando al resplandor de las auroras y que sabe adormecerse, con el licor que halló una mañana llena de sol, en el cáliz perfumado de tu alma.

Mariposa fugaz, con alas rojas como tu corazón.

Mariposa envenenada!

Amapola

San José, 1928

Aniversario de Galdós

Diálogo antiguo

VOLUNTARIAMENTE, sacrifico toda efusión sentimental en este recuerdo que pudiera parecer obligado. De Galdós queda ya su obra y su concepto; el concepto que formaron de él sus contemporáneos y el que va construyendo la nueva generación. Ocho años no bastan para decidir qué parte queda y cuál se descompone. Según la tierra, así va más de prisa y más despacio el aniquilamiento; pero aun en la más ingrata, este gran muerto se defenderá, porque tenía los huesos muy duros. Ocho años... No. Para ser exactos, habría que contar mucho más de ocho años.

¿Cuándo empieza a morir la obra literaria? En realidad, desde que nace. Y hay engendro al que podría aplicarse aquel siniestro título del pobre Alejandro Sawa: *el que no nació jamás*. Desde su nacimiento hay en la obra algo que muere. La longevidad expone a terribles desengaños y algún autor preferiría morir si supiera el destino que le reserva un porvenir muy próximo. Galdós asistió en vida a esa labor de destrucción. ¡Medio siglo, creando! Tenía conciencia de ello y la prueba está en que fué variando, descubriéndose, renovándose. Desde *El Audaz* a *La Campaña del Maestrazgo*, desde *Mariánela* a *Nazarín*, desde *Gloria* a *Fortunata*, hay muchas cosas que enterró él mismo. Ahora ya está él también dentro de cada obra suya, sin poder evadirse; y aquí se aprecia la única diferencia en favor de los ocho años para que los consideremos como posteridad.

Un día fuí a verle, al viejo paseo de Areneros. Eran días agrios. De negación. Solía quejarse pocas veces; pero si yo hubiera tenido vocación de Winkelmann habría aprovechado su confianza para escribir una página interesante.

—Siéntese, amigo Bello, me falta muy poco.

Yo creo que aquella mañana no despachó sus once cuartillas.—La línea del precepto latino eran para él once cuartillas.—Fumaba, miraba a los árboles y a los gorriones. La pluma iba obedeciendo, sin embargo. Me parecía oírle chirriar como rueda de carro cántabro. ¡Poderosa voluntad la de «don Benito»!

—Busco..., Busco... Naturalmente, al escribir siempre hay que buscar. No sé lo que harán



Galdós

Dibujo de Sancha.

otros; pero yo desecho muchas ideas, muchas formas fáciles. Esta rotundidad, tan musical, del castellano, ¿no le parece a usted que conviene cortarla, de vez en cuando? A mí me gusta meter ex-abruptos. Romper. Por lo demás, el estilo, no deja de construirse un escritor mientras no deja de escribir. Cada uno hace estilo a su manera.

Aquí adiviné yo dónde venía a parar un monólogo tan largo en la conversación habitual de don Benito, que oía más que hablaba.

—Ya sé que mi estilo no parece estilo a muchos que buscan—también,—buscan otra cosa. Creen que lo mío es fácil. Yo les entiendo; comprendo que trabajen. Pero sería demasiada

inocencia si yo me entretuviera en esos perfiles con tantas cosas como tengo que contar. Para mí el estilo empieza en el plan. Dentro de un asunto, lo que acepto, lo que rechazo; lo que va a entretenerme y a divertirme, según vaya escribiéndolo. Y de los tipos, de los personajes, no todos son de mi estilo. Muchas veces entran sin querer yo, pero me pongo a mirarlos desde mi rincón, les doy cierto sesgo...

A D. Benito le pareció que yo tenía algo que objetar:

—¿Usted llamará a eso manera, amaneramiento? ¿Le parecerá a usted que yo he ido armando también mis retablillos?

—No, señor. Yo eso lo llevo al estilo.

Luis Bello

Comité pro-Sandinista en Costa Rica

Nuevos contribuyentes, sumas recogidas

Vienen.....	₡ 586
R. Coto.....	5
C. Albertazzi.....	2
Alumnos del VI Año A. del Liceo de Costa Rica.....	18

Nota.—Los fondos remítanse bajo cubierta certificada.

—Y está bien llevado. Alguna vez creo que me excedo algo, porque ver la Historia por un estilo es peligroso; pero si no lo hiciera así no hubiera podido escribir los Episodios. Comprenderá usted que dando tal extensión al estilo, ya puedo despreocuparme un poco de lo que para ustedes es esencial y casi único. Tampoco me sería fácil variar. Lo que hago es meter en el castellano de Castilla todo cuanto puedo. Y ¿quiere usted que le diga una cosa? Entre nosotros, nada más. Pues quizá me equivoque; pero es esto: que no se resiste nada. Todo cabe. Naturalmente, todo lo que ha entrado antes en el pensamiento.

—Entonces, podríamos decirlo así: Nada hay en el estilo que no haya estado antes en el intelecto.

—Pero lo que ha estado una vez, ya no se escapa. Podríamos hacerlo mejor, pulirlo más... En general, los arrepentimientos que yo tengo no son por errores de estilo, sino por precipitaciones de plan. Pero me resigno. Acepto la limitación. Como acepto el tránsito de la moda. Pero no crea usted que por resignación, ni por modestia. Es porque creo que un escritor tiene tres momentos. Primero: momento de aparición, éxito coetáneo. Segundo: momento de elaboración. Quizá el público más fino, más ávido de novedad, se le haya ido alejando y él realiza, fuera ya de moda, su obra maestra. Tercero: momento de revisión. Es decir: la incógnita, porque nosotros no podemos verlo. Es eso que llamamos posteridad y tiene la virtud de sumar el juicio de varias generaciones sobre lo que valga la pena de ser leído, cuando mi estilo y el de todos no valgan por la sorpresa de la novedad, sino por otras cualidades más permanentes.

—Yo creo, don Benito, que usted puede estar tranquilo.

—Y si no lo estuviera, sería igual. Sostenerse mucho tiempo en el primer momento es difícil. Estas cosas abruman. Adivinar el último es entretenido. Yo imagino, sin embargo, un tiempo, en que cambiarán de parecer los que hoy empiezan a verme como un viejo maniático, obstinado en tomar en serio las luchas del siglo XIX y en ver por todas partes supervivencias del absolutismo.

(El Sol, Madrid).

1.º — Impresiones sobre Arte y Revolución.—¿Por qué, don Diego,—le pregunté de pronto, tras un corto silencio—, ha pintado Ud. toda esa decoración de la segunda galería con un tono gris pálido? Es un marcado contraste con la primera y la tercera galerías, que corresponden según Ud. a los planos material y espiritual por su orden, y que Ud. ha decorado con vivos colores. No acierto a comprender, se lo confieso, por qué pintó indeciso el segundo plano que es, sin embargo, en el símbolo total de estas decoraciones, el plano de la inteligencia.

Don Diego no hizo esperar su respuesta. Desde el primer instante de tratarlo se adivina en él esa autoridad sólida que da a ciertos hombres el dominio de sus pensamientos, la visión clara de un ensueño propio que comprenden plenamente. Tuve, desde ese primer instante, el deseo íntimo de sorprenderlo con preguntas indiscretas; consideraba yo realizar una aventura caballerisca si lograba verlo titubear. Pero don Diego me contestaba siempre; cuando más, hacía una pausa corta para sonreír ante la osadía sincera de mis preguntas.

—El plano del intelecto no es el plano supremo, me contestó. La inteligencia no es lo más alto que pueden poseer los hombres. Es tan sólo un plano intermedio, un plano transitorio: por eso lo he pintado gris. Sin inteligencia, los que he pintado en el plano primero, los que trabajan, nunca podrán superarse, jamás podrán ser más que trabajadores: la inteligencia estará siempre sobre ellos. Arriba está el arte, que trabaja y piensa y crea. El Arte es «la unión integral del trabajo manual e intelectual» en el plano del espíritu.

—Pero Ud. ha pintado, don Diego—le pregunté tras un corto cavilar—en la parte superior algunos personajes que no responden rigurosamente a esa «unión integral».

—Hijo—me contestó—, arriba está la Revolución triunfante. Ahí está condensado el espíritu



Algunas palabras con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación

de nuestra Revolución y el espíritu universal de *Libertad*. La Revolución fué hecha aquí, y deberá hacerse en cualquier parte del mundo, mediante la unión del campesino y el obrero guiados por la inteligencia cultivada y al influjo del espíritu.

Y conversamos largamente de Revolución. Las confesiones de don Diego me dejaban obsorto y me regocijaban grandemente.

—Pocos países—me dijo entre otras cosas que requieren capítulo aparte—, habrán tenido los problemas sociales que ha tenido México. Aquí, sea por la proximidad a España, sea por lo que sea, se entronizó, más que en el Perú, único país del resto de América donde pudo por la grandeza incaica suceder otro tanto, la hegemonía política y las instituciones sociales gubernativas de la Europa del siglo xvi. Agregue Ud. a esto que nosotros hemos revelado al mundo ser el pueblo más religioso, y, desde luego, más supersticioso de América; los padres misioneros lograron fácilmente convertir en fiestas religiosas de la iglesia católica todas las fiestas paganas de nuestros indios. Vea ahí, precisamente, la Fiesta de las Flores; esa fiesta que se conmemora el Viernes de Dolores, dedicada a la Virgen Dolorosa, era entre los indios la fiesta de Xochiquetzalli y Xochipilli, y tenía un símbolo muy hondo

y muy íntimamente ligado con el símbolo de la Virgen, el principio lunar, adolorido por la muerte del Hijo: Xochiquetzalli, que significa flor-pájaro, era el dios de la fecundidad; Xochipilli, flor-capullo, era el dios de la conservación. Los indios no entendían esa relación con el dolor de la Virgen y asistían a la ceremonia de los misioneros como si estuvieran asistiendo a la Fiesta de las Flores de Xochiquetzalli y Xochipilli. Poco a poco la nueva religión, a pretexto del idioma hizo a los indios cambiar los nombres de los dioses. El espíritu religioso de la España de la conquista se inculcó poderosamente en nuestro espíritu. Además, ningún pueblo de América ha revelado ser más amante y más abnegado a su tradición; esto supieron muy bien aprovecharlo los misioneros. De ahí que fácilmente se logró, manteniéndolo en la ignorancia, dominarlo y hacerlo instrumento de las clases directoras, que eran el capital y el clero, digo mal, sólo el capital, pues lo uno era entonces lo otro y lo que fué hasta nuestros días, cuando en ese estado de cosas fué derribado por la Revolución.

—Pero el pueblo mexicano ha sido siempre rebelde, don Diego.

—Pero lo repito que siempre ignorante. Desde la conquista se explotó su fe y su valentía, que estuvieron al servicio del clero, que era estar al servicio

del capital. La Revolución tenía y tiene como propósito fundamental de su programa la ilustración de las masas, a fin de que pueda realizarse la verdadera Revolución.

—¿Y Ud. cree de veras en la Revolución, don Diego?, le pregunté hasta cierto punto con malicia.

Y don Diego siguió tranquilo pintando los muros, escondiendo no sé que pensamientos tras su sonrisa permanente, expresiva, amarga y soñadora.

—La Revolución es algo—me contestó tras una pausa significativa—, que sólo existió en el pecho de algunos hombres valientes y comprensivos; hoy se oculta en el pecho de algunos hombres

dispuestos a demostrar su valentía. Pero le repito, la Revolución está escondida, es difícil actualmente en México decir a punto cierto quiénes son los verdaderos revolucionarios, los que de veras están enterados de lo que es la Revolución y aman sus principios porque sienten la justicia universal que los anima; debajo de algunos rostros que Ud. cree revolucionarios está el gesto fácil; bajo el pecho que Ud. ahora creería disponible está el corazón afeinado del tráfuga que espera la ocasión; en los artículos ardientes de intelectuales que Ud, llamaría revolucionarios no hay más que una cascarita de huevo que espera el más ligero golpe para inutilizarse. La verdadera Revolución debe sentirse como una fe religiosa universal.

—¿De modo, pues, que las declaraciones del último plano responden plenamente a un espíritu universal?

—Sí—me respondió con seguridad—. Son personajes mexicanos, pero ellos encarnaron el espíritu de todos los hombres oprimidos de la tierra: vivieron en el pueblo más oprimido de la tierra precisamente en los tiempos en que estaba más oprimido por los eternos enemigos del trabajador, y se convirtieron en sus salvadores y sus mártires.

—Pero Ud. iba a decirme, le

(Pasa a la página 204)

Circuito corto

=De Ulises. México. D. F.=

Las costas del Brasil ya se perdieron. La cubierta del barco, iluminada, es el asombro de los peces en vigilia. Estoy seguro de que nos clavan, inquietos, sus ojillos inmóviles y que la chispa de sus millones de miradas alumbran ahora los caminos del mar. ¿Verdad, Miss Viola...? Cuando pase la primera sorpresa, el repentino susto del encuentro con el monstruo desconocido, harán mofa de la pesadez de su marcha, de la lentitud de sus movimientos. Lo acompañarán largo rato sin temor, cuchicheando entre sí con el ruido de sus aletas de cristal sobre las aguas y la complicidad del viento y de la espuma. Luego, se irán perdiendo, poco a poco, entre la noche. ¿Verdad, Miss Viola...?

La linda americana no sabe el español y mi conversación es inútil. Yo bien quisiera, como tantos otros, aprender el inglés. En los abiertos labios de mi compañera saltan las palabras con el sonido del agua que cae sobre las rocas. El tono hace lentas algunas sílabas; pero sólo para dejarlas después que se persigan precipitadamente, en sucesivo temblor del aire a cada nota.

Miss Viola me mira y sonrío. Su boca se mueve de acuerdo con sus ojos. Es el momento en que se van muriendo las palabras. En el estrado aquel, formado de improviso, nuestras sillas quedaron juntas y en ellas nos tendemos, abandonados a la frescura de la brisa y a la tibieza de las luces multicolores. Se está bien sobre la cubierta, aun sin conversar, con la sola cercanía de los cuerpos. Dejamos, por confuso, el diálogo de nuestros idiomas extraños y atendemos la llegada del jazz con sus notas de voluptuosidad imprevista. Cuando insinúo sin palabra mi deseo de bailar, Miss Viola, acogedora, reclina su cuerpo entre mis brazos ansiosos.

Esta noche el mar nos unta su aroma cálido. El perfume se respira por las venas y acelera los latidos del turbado corazón. La música y las luces caen sobre nosotros como fugitivas caricias. El balanceo constante de la nave nos marea deliciosamente y confunde los sentidos en un común desmayo de la vo-

luntad. Flotamos sobre la increíble impresión de la música en la noche de los mares. Acompasan las ondas con su leve martilleo y la brisa de julio con su lento vueló sutil. Canto pleno de los saxofones en la melodía extravagante, disonancia expresiva de las baterías ensordecedoras. Y todo arbitrariamente mezclado con el ritmo elaborado de la danza que se recrea en su flotante incertidumbre.

Miss Viola, ligera, acomoda sus pasos a los míos. El baile caprichoso acerca y separa nuestros cuerpos. En esta prisión, en esta fuga, se me despierta el deseo imperioso de tenerla entre mis brazos, con el temor de que se me escape entre un compás y otro compás de la orquesta. ¿Cómo asegurarla a mí, si sus pies huyen como perseguidos sobre el piso vacilante? Siento que se me empaña la mirada que largamente he detenido sobre sus hombros y ceso de oír la música, atento sólo a la respiración convulsa de sus senos de plata. Ni ella ni yo distinguimos a las otras parejas. Ciegos nos vuelve este girar sin tino, esta honda caricia del movimiento y del ritmo. En medio de la danza viajera, no somos los únicos olvidados, los únicos perdidos, los solos náufragos. Cuando termina súbitamente la música en un postrer lamento inverosímil, hay una lánguida separación de los cuerpos, una desmayada expresión de desencanto en los rostros.

De nuevo en estas sillas arriadas, con el tormento íntimo, aunque inconfesado, de no poder hablar el inglés, rehuyo los ojos de mi compañera y paseo los míos sobre la cambiante y negra superficie de las olas. Ellas también se iluminan a veces, reflejan como espejos de azogue las luces de la nave y juegan furtivas entre las blancas crestas de espuma. Con un tranquilo rumor de alegría resbalan en el claro silencio, hasta caer en el horizonte, desde los astros que nos vigilan.

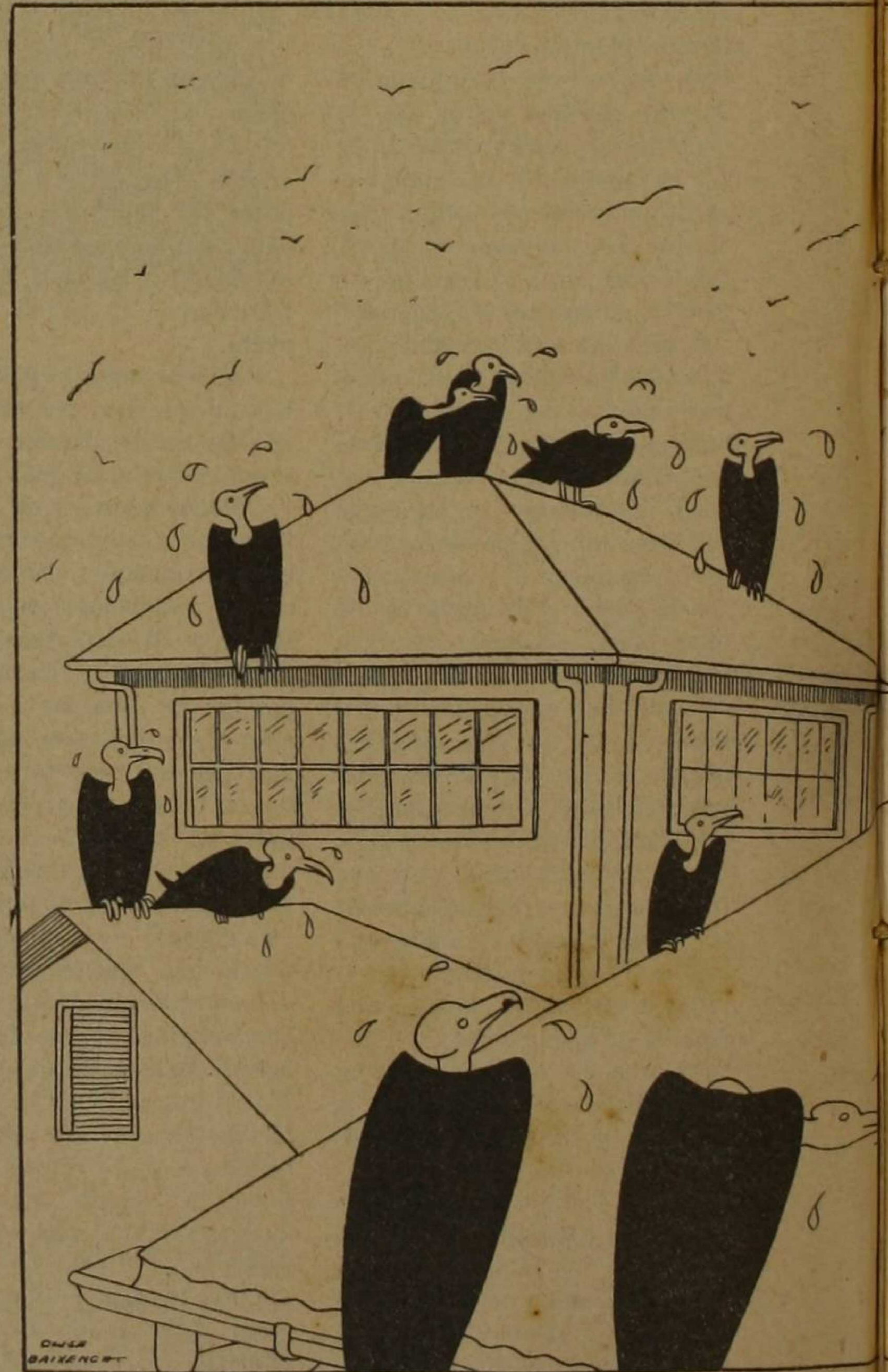
Miss Viola y yo charlamos a medias a veces con los ojos y a veces con las manos. A veces también con el pensamiento. Nos hemos comprendido con este mudo lenguaje tan expresivo, y no envidio la charla de los demás, de frases imprecisas

y de palabras confusas. Miss Viola y yo, callados, nos miramos con frecuencia y nos sonreímos a cada mirada.

Cuando vuelve la orquesta a hacer cantar sus instrumentos, es un vals de Norteamérica, romántico, hecho de sencilla voluptuosidad. Música de sonidos aviesos por lo claros, directa, de turbadora ingenuidad erótica, así como el inocente *flirt* de las niñas de catorce años. No bastaría la blanca tela de la espuma del mar, algodones dispersos en la noche, para taparnos,

cómo los hombres de Ulises, las orejas. Vamos, descuidados, hacia el escollo, donde las sirenas dicen su embrujada canción. La brisa, de hilos delgados, es insuficiente para amarrarnos a los mástiles de la serenidad y la cordura. Se despliegan las notas como desenvueltas serpentinadas melódicas y cae la luz, agua precipitada de torrentes. En un haz de reflejos y de cantos, Miss Viola me mira. Ella tiene también su luz. Ella tiene también su música. Y yo sonrío y escucho, ignorante y feliz, como los niños sonrían y escu-

El colmo del hispano



Papa zopilote da una lección de civismo:

chan las canciones maternas, lentas y adormecedoras.

Mientras, la nave sigue su marcha sobre el mar dormido de las quietas latitudes. Plancha silenciosa el negro terciopelo de las aguas. Pero los dioses, en un juego invisible para nosotros, cubren con sus manos de sombra la mirada inadvertida de los hombres. De repente, las luces se apagan obedeciendo a un conjuro. La nave, sin ruido, encalla en las tinieblas. Y hay un momento en que los sonos del mar culminan, en que se

hace sonoro el golpe de la hélice sobre las ondas, y en que la trepidación intermitente de las máquinas se oye distinta y misteriosa. De los rostros en fuga inesperada sólo queda un presentimiento, de las luces multicolores la última vislumbre imprecisa, y de la música del vals interrumpido sólo se escucha la muda sonata del recuerdo.

Los que bailan se detienen vacilantes, confundidos, en espera de lo que ha de pasar. El misterio de la oscuridad los asusta, y unos a otros se piden con

las manos silenciosas el apoyo y la confianza que necesitan. La sombra misma responde al tacto, nos busca sólida, nos envuelve y nos palpa. Rodeado de tantas señales invisibles, yo también me levanto del asiento, sorprendido, sin saber qué hacer ni adónde ir. Pero alguien, de más presencia de ánimo, exige la música. La orquesta, un segundo enmudecida, torna a desparramarla sobre nosotros, lenta otra vez, con ternuras insospechadas, Orfeo moderno aplacando las fieras del pánico.

¡Y comienza la danza entre las sombras! La cautela arrastra los pies con un vago rumor de fantasmas. Parece que del árbol de la noche se desprenden las hojas secas para ser arrastradas sobre el musgo por los vientos fatales del Otoño. Desde las ondas bañadas por la luna, ¿qué pensarán los peces, de redonda mirada inmóvil? Sé que Miss Viola vive todavía por la pausa contenida de su respiración serena. Acerca sus dedos a los míos, los enlaza con tímido y audaz contacto. Su presión elocuente me invita a hundirnos también en el ciego torbellino...

A cada tropiezo nos estrechamos callados. Vamos a tientas y nuestros rostros se juntan poco a poco, ya sin ritmo, solamente impulsados por la acelerada pulsación de las venas. Una mísera demanda de suavidad y de calor, un inconfesado reclamo de ternura. Siento el vaho de su boca sobre mis mejillas como el cálido aroma del mar, y sus brazos desnudos sobre mi cuello ahorcando lentamente mi vida. Formamos un solo cuerpo que ya no se mueve por su propia voluntad, un solo cuerpo que agoniza con blandura, empujado aquí y allá por humanas olas y finalmente adherido a una columna, sobre el abismo, como brizna de hierba arrojada y suspendida en las ramas últimas del árbol.

El mundo entero se mueve en el silencio, en el vacío. En este instante cumple su tarea de rotación absurda y le da la espalda al sol. Aislados en el regocijo de la danza, sólo Miss Viola y yo permanecemos inmóviles, tan juntos, que nos buscamos los labios, nos bebemos el aliento, apaciguamos con ardor nuestra congoja. Los rápidos segundos están llenos de alar-

gados momentos de goce, incontenibles como la marcha de la edad y voraces como lenguas de fuego.

Pero la luz, inoportuna, vuelve a enredarnos en su seda de colores. Otra vez la luz. El joven oficial de guardia, sonriente, explica el corto circuito. Las parejas se disuelven. Y ahora la rubia americanita se reclina en mi brazo, desfallecida. Más tarde, acurrucada en su *rocking-chair*, fija sus ojos claros en el mar. Y así transcurre la noche, insinuada por la orquesta, entre un desmayo del espíritu y un impulso arrebatado de la pasión infinita.

Miss Viola desaparece, última visión, en un recodo de la nave...

En la siguiente mañana límpida. Baño de claridad sobre las olas, espejo de goce para el alma. Ahora sí que estamos frente al sol. Recorro de prisa, contento, los rincones del buque demasiado estrechos, demasiado cercanos. Yo que los quisiera de una amplitud marina, con límites etéreos, con horizontes inaccesibles. Y Miss Viola...

Se reclina, ingrávida, sobre la borda y mira todavía al mar. Le cae un velo azul sobre los hombros y en lentas espirales se le enreda a la cintura. Azul con cauces que, de prolongarse, naufragaría en el Océano Atlántico, así como tantos ríos azules; pero ella ha detenido su curso con las manos, lo ha desparramado sobre su cuerpo y se baña feliz entre sus ondas de seda, al aire libre del día. Recorta su silueta sobre una pasajera nube de esmeralda.

—Miss Viola...

Me saluda con su apacible sonrisa y su claro mirar. Las palabras, esta vez, acuden a mis labios triunfadoras, con insospechadas virtudes y en sucesión incontenible. Pero ella me mira y sonrío. Sus labios se mueven de acuerdo con sus ojos, en un cómplice callar eterno. Y nada más. Se aleja después de mí con lentitud, se arranca de mi lado sin violencia.

—Miss Viola...

Estoy a solas con el mar y todavía escucho sus últimas palabras:

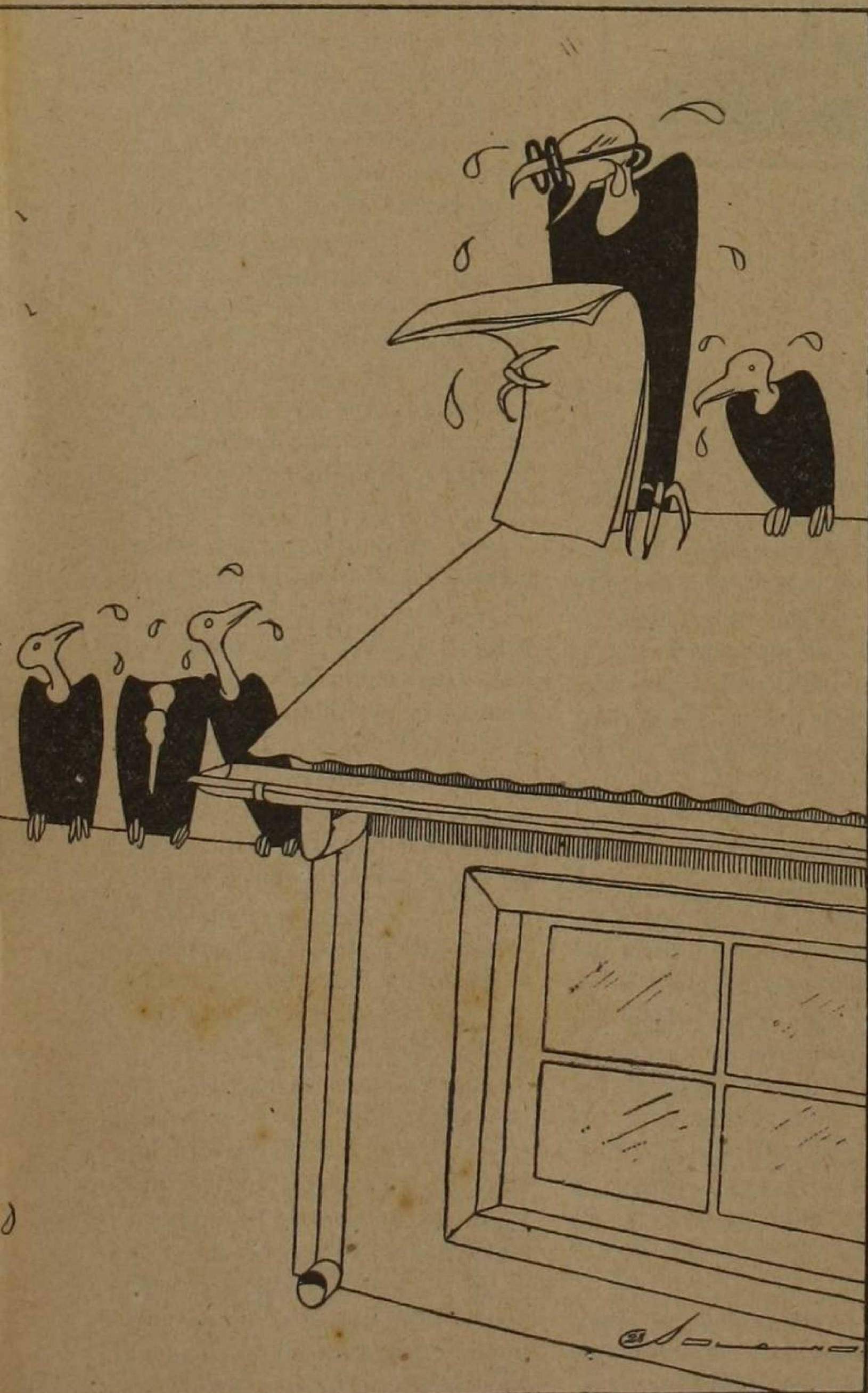
—I dont understand you!

Lo que, sin duda, ha debido suceder, mi buen amigo...

oamericanismo...!

Managua, 8.—Un avión del ejército americano en viaje de inspección, chocó con un zopilote cerca de Estelí, matándose los dos aviadores que lo tripulaba. (Según los diarios).

Por SOLANO



ded, hijos míos, a morir como nuestro hermano
ho en lid declarada contra el imperialismo yanqui...!

Enrique González Rojo

Lo que más sorprende cuando estudiamos el Congreso de La Habana es la seriedad con que ciertos delegados de la América Latina tomaron sus papeles. Representaban, sin embargo, en su mayoría, a naciones sometidas de hecho a los Estados Unidos por las finanzas o por las limitaciones políticas, y, desde el punto de vista interior, a oligarquías que sólo pueden ser consideradas como minorías ínfimas en el seno de cada nación. Se puede decir que, con excepciones raras, carecían de autoridad para oponerse al imperialismo, y no tenían derecho a hablar en nombre de la masa de sus nacionales. Falseada de antemano la asamblea por estos defectos de representación, perdía, además, todo prestigio porque esos delegados, en el curso de su carrera política, fueron durante largos años los partidarios más entusiastas de la doctrina de Monroe y de todos los espejismos que han determinado la situación actual. Su despertar tardío, aún admitiendo que sea sincero, no borra el error fundamental que debió alejarlos para siempre de la vida pública. No es a los generales que han perdido todas las batallas a quienes se confía el supremo encuentro y la última probabilidad.

Algunos de ellos no pensaron más que en salvar las apariencias y en preservar sus situaciones ante la ola creciente de la opinión pública, cada vez más hostil al imperialismo de los Estados Unidos. Esto se hizo evidente desde las primeras sesiones, puesto que votaron contra la proposición mexicana, la única susceptible de colocar a las pequeñas naciones latinas y a la gran potencia anglo sajona en un mismo pie de igualdad.

Es sabido que según esta proposición: 1.º, los estados de la América Latina no estarían ya obligados a hacerse representar en el seno de la Unión Americana por su Ministro en Washington (inclinado, como es de rigor, a ser agradable al gobierno de los Estados Unidos) y podrían nombrar, a su voluntad, un representante susceptible de tener mayor independencia; 2.º, el Presidente y el Vice Presidente de la Unión Panamericana serían designados por rotación y por orden alfabético de naciones, quitando a los Estados Unidos el privilegio que hoy tienen de presidir siempre por intermedio de su Ministro de Relaciones Exteriores; 3.º, el Director de la Unión Panamericana sería designado también por rotación y orden alfabético entre los 21 estados para impedir que los Estados Unidos conserven de manera exclusiva la dirección de los asuntos del Nuevo Mundo; y 4.º, que entre los funcionarios de la Unión Panamericana habría un número equivalente de americanos del norte y de americanos latinos.

Era en realidad la transformación del Consejo de Colonias que actualmente funciona bajo el nombre de Unión Panamericana, en una especie de Sociedad de Naciones, en el seno de la cual los latinos hubieran estado en mayoría. Y como los Estados Unidos no podían aceptar esto era, de hecho, la disolución del organismo actual y el comienzo de una nueva política.

Desorientadas, la mayor parte de las delegaciones (que habían consentido la expulsión de los

delegados haitianos Bellegarde y Houdicourt, venidos para protestar contra la ocupación de su país por tropas norte americanas) se entregaron a la tarea de complicar asuntos secundarios, y de esconder con ayuda de gestos aparentes las actitudes que no se atrevían a tomar. Al obrar así, cada cual pensaba más en contemporizar con la opinión de su propio país, que en servirlo de una manera eficaz. Y las divergencias de la delegación argentina, más ruidosas que serias, no hicieron más que subrayar la incapacidad de los políticos del Sud. Formulistas, prisioneros de las ideas generales, perseguían en vano pequeños éxitos episódicos tratando de llevar a los Estados Unidos a discutir en un terreno abstracto detalles que son la consecuencia de fenómenos ante los cuales cerraron los ojos complacientemente.

La situación real de la América Latina ante el imperialismo no es, por otra parte, un misterio más que para ellos. En un artículo sensacional titulado *Dante y la Doctrina de Monroe*

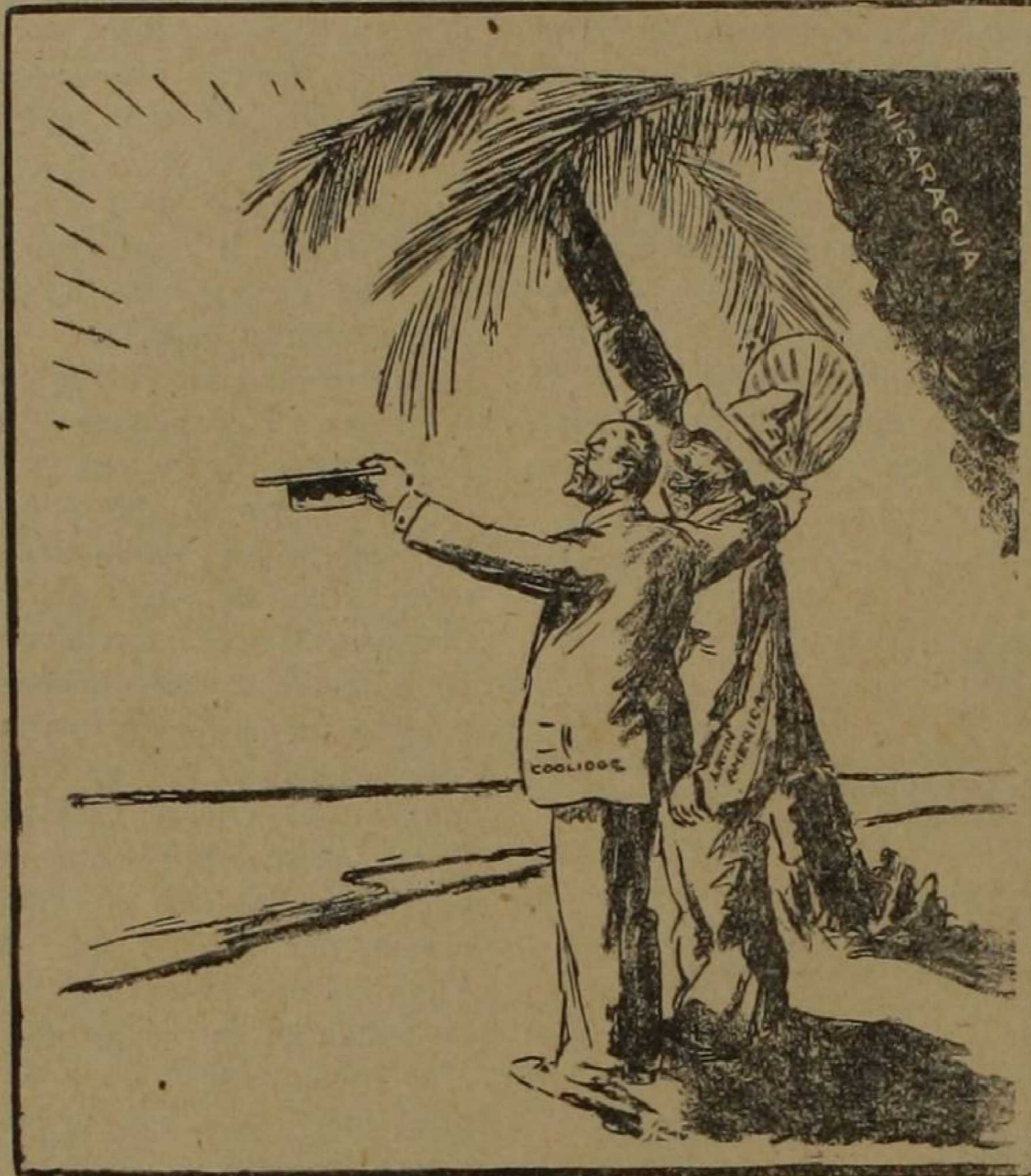
el Sr. Morton Fullerton nos ha dicho recientemente con su clarividencia honrada y cruel, palabras que son definitivas. «Ustedes no deben esperar de nosotros un movimiento favorable, declaraba en síntesis; pero en manos de ustedes está hacerse menos vulnerables». Lo que equivalía a escribir: no son las fórmulas o los principios los que les darán la salvación, sino el esfuerzo para renovarse y vivir.

Ciertos políticos de América Latina se obstinan en creer que es posible modificar los hechos, ignorándolos, o pronunciando discursos. No comprendieron en su tiempo los acontecimientos de Cuba y Panamá. Tampoco comprenden el momento actual, y las posibilidades de salvación que trae en sí. ¿Hay algo más trágicamente bufo que sus lamentaciones al descubrir *a posteriori* el peligro que nosotros hemos denunciado hace veinte y cinco años? Ellos, y los diarios que sirven sus intereses, toman actitudes asombradas ante hechos que han contribuido a preparar ellos mismos con su silencio, y algunas veces con su complicidad. Durante años y años han enseñado al pueblo que los Estados Unidos son nuestros mejores amigos, han proclamado que nada teníamos que temer, se han burlado de nuestras inquietudes, (los discursos y las colecciones de los diarios están ahí, y las podemos consultar en todo momento) y es sólo ante la catástrofe realizada, cuando la inundación nos lleva, que estos salvadores de tumbas tratan de salvarse ellos mismos con ayuda de una actividad póstuma. En vez de dirigir la política, se han dejado sobrepasar por ella, y se hallan sin cesar detrás de los acontecimientos, sofocados, jadeantes, condenados en su desamparo a no señalar su presencia más que con la polvareda que levantan en su carrera inútil.

Mientras ellos deliberaban en la Habana, obstinados en poner en equilibrio, con un cuarto de siglo de atraso, la política que ya no es tiempo de hacer, pero guardándose bien de intentar la que es indispensable en este instante, los Estados Unidos continúan desembarcando tropas en Nicaragua, y los aviones bombardean las posiciones de Sandino, del cual es, para un latino-

(Pasa a la página 205)

El Congreso Panamericano de La Habana



Ni una nube en el cielo!

Por Clive Weed

(De *The Evening World*, New York).

La muerte es una ruda prueba para la vida y la obra de los hombres. Parece proyectar sobre ellas una nueva luz, que descubre los valores ocultos. Como un avance del porvenir, los juicios se despojan de las consideraciones anecdóticas y los odios ajenos a la lucha material. El hombre que finalizó su vida terrena, empieza su vida histórica, su lucha espiritual; deja a su obra la misión de combatir por él y ganar sus victorias póstumas. El olvido y la inmortalidad empiezan también su combate junto a la tumba recién abierta. Los lectores que recibieron el magisterio del hombre viviente y mezclaron su pura admiración con fervores ocasionales de prosélitos serán desde ahora posteridad. Cuando releen la obra de aquél que es ya sobrevivencia de espíritu, encontrarán en ella un sabor desconocido.

Ha empezado para Blasco Ibáñez la gran depuración que fijará su definitiva estela de luz y escogerá entre sus obras las predestinadas a permanencia. Pero, sin duda, la figura del autor descollará por encima de su obra entera.

No intento ahora, ni podría hacerlo, porque no estoy para ello suficientemente documentado, una revisión de la labor novelística de Blasco. Lo más probable es que prevalezca, en cuanto a ella, la opinión de que ha ido perdiendo en valor de calidad conforme ha querido ganar en valor de extensión; es decir, que las novelas valencianas tienen excelencia superior a las ampliamente españolas, como la tienen éstas sobre las de asunto mundial. Los personajes más vitales no son los forjados por alegorías tendenciosas, sino los nacidos de la observación inmediata y directa. Blasco Ibáñez, émulo por tantas razones de Zolá, también se le asemeja en este aspecto. Así como en la obra del maestro de Medán no puede haber comparación entre la fuerza vital de *L'Assommoir* o *Germinal* y la estructura conceptuosa de *Los cuatro Evangelios*, también la inspiración valenciana de Blasco prevalecerá sobre sus novelas de guerra y sus reconstrucciones históricas.

Blasco fue, sin duda, un romántico; pero, como fue también muy valenciano y muy mediterráneo, bien podríamos ver en la opulencia epicúrea, sanamente plebeya, de su estilo y su imaginación, el entronque con aquellos valencianos del Renacimiento, en quienes se aliaban la tradición romancesca y aventurera de la Edad Media, con el afán de vida y la desazón de nuevas correrías, preludios de la Edad Moderna. Su amor por la brillantez aparatosa y sensual, ¿no recuerda a Joanot Martorell, el narrador jugoso del *Tirant lo Blanc*? Imaginemos aquella Valencia que heredaba la hegemonía de Barcelona como emporio de cultura medite-

La estela de Blasco Ibáñez

=De *La Libertad*, Madrid.=



Blasco Ibáñez

rránea. Blasco es un ciudadano rezagado de esa Valencia. Su vida (que es la mejor de sus novelas, según Anatole France) podría fácilmente ser devuelta a su verdadera concidadanía histórica, transfigurándole en un contemporáneo de aquella dinastía antequerana impuesta a Aragón por la voluntad del valenciano Vicente Ferrer. Así, vemos a Blasco atraído por las tierras clásicas y orientales, como si en su sangre fermentaran lejanas herencias de los almogávares que acompañaron a Roger de Flor. Va a Nápoles, hogar humeante del *Mare Nostrum*, vínculo eterno entre Grecia y Roma, a buscar instintivamente los ecos de la corte de Alfonso V, tan impregnada de aquel espíritu que había de convertir a Valencia en una metrópoli italiana. La genialidad de Blasco no se parece, en verdad, a la de Ausias March, en cuya loa elegíaca se extingue, ásperamente, la resonancia del Petrarca. Tampoco participa Blasco de aquella ufanía doctrinal de los humanistas, que dió a Valencia categoría universal en la persona de Luis Vives; ni siquiera notamos en él la jocunda reminiscencia boccacciana de un Jaume Roig. Blasco es, en cambio, un valenciano que fue a la corte pontificia en el séquito fastuoso de los Borgia; pero cuyo espíritu fluctúa entre las ambiciones del con-

dottiero y un congénito quijotismo, que le hace amante de la libertad y la justicia. Así, habrá en su vida esa mezcla pintoresca de mosquetero y héroe de barricada; su perfil, que parece predestinado a una medalla como las que renovaban, bajo los Sforza o los Gonzaga, las facciones hercúleas de los Césares, no corresponde, felizmente para él, a un secuaz del terrible Valentinois, sino al de un impertérrito garibaldino.

¿Comprendéis ahora por qué Valencia, sometida al ímpetu de su inquietud generosa y vivaz, pudo parecerse a una de aquellas cortes italianas sacudidas por el odio de los bandos enemigos? Una plétora vital latía bajo esas truculencias, muy preferibles a ciertas masedumbres gregarias. Capuletos y montesinos luchaban allí con encono; pero rescataba todas las iras fatricidas la fiebre de la ilusión, el frenesí visionario por la utopía del ensueño.

También, como un garibaldino, quiso Blasco llevar a América sus ansias de fundador de ciudades. Su lira de Anfión no tuvo entonces el prestigio indispensable; pero el gesto inicial fué bello. La leyenda dorada de los conquistadores de Indias amparó en aquellos días su sueño; pero los viejos campeones se reencarnaban en Blasco, animados por la visión de una España muy diversa,

rebautizada por la libertad. Ese afán aventurero le llevó a dar la vuelta al mundo. Pero siempre el paterno Mediterráneo le atraía como un remanso de la consolación propicio a la inagotable fantasía que ansiaba fluir de su pluma.

* *

Durante la guerra mundial, Blasco ofreció su pluma a la causa de Francia. Por su educación literaria y por sus devociones políticas, sintió la causa de los aliados como la de su verdadera patria espiritual. Le pareció que defendiéndola, ponía una lanza quijotesca al servicio de un mundo interior, cuyo posible hundimiento sería la mayor de las catástrofes. Y la victoria de Francia fué para él un desbordamiento de nueva actividad, que dió a su obra posterior amplitudes teatrales. Esta voluntad aparatosa, escénica, es la mayor debilidad de esa producción.

Blasco había alcanzado la plena felicidad que pueda soñar un escritor. Su residencia principesca de Menton le permitía habitar en tierra de Francia y junto al mar, que alimentó siempre su inspiración; en aquella *corniche*, que acaso sea el lugar más delicioso del mundo. Con los efluvios de las tierras clásicas podían llegar hasta él también los del Oriente amado, aquel Oriente donde el mahometismo originario se impregnó de sensualidad y riqueza vital, y que por ser el verdadero padre de la novela, había ejercido también sobre Blasco una influencia considerable, acorde con el sedimento musulmán de su Valencia. «Cuando triunfe la República en España—me decía una noche paseando junto a la bahía de Palma, donde vino a preparar su novela *Los muertos mandan*—, quisiera ser embajador en Constantinopla». Pero la realidad fué más allá de su deseo.

Junto al *Mare Nostrum*, en el solar de la Francia victoriosa, se ha extinguido su vida. Pero se ha extinguido en lugar infranqueable de España y con la ansiedad ardorosa de una ilusión insatisfecha, que se llevó al sepulcro.

* *

¿Ha sido oportuna su muerte? ¿Ha malogrado lamentablemente una producción destinada a completar su gloria? No. Atendamos bien al sentido de las aclamaciones que han saludado su cadáver. Profundicemos en el dolor del pueblo al inclinarse ante el paso de ese cuerpo que retorna, sólo imaginariamente, a su patria. No es el novelista el aclamado. Es el hombre. Es el hombre hacia el cual nuestras multitudes se sienten en deuda, allá en las honduras de la conciencia. Zola no entró en el Panteón precisamente por su obra, sino por el momento en que fue conciencia de la Humanidad.

GABRIEL ALOMAR

Cuartillas de Pérez de Ayala

=De *La Voz*. Madrid=

ME afecta dolorosamente la pérdida de Blasco Ibáñez. Poseía Blasco Ibáñez una virtud rara entre escritores: el espíritu de clase, tan desarrollado en todas las profesiones, menos en la de las letras. Aparte de la desemejanza en las preferencias y de la discrepancia de escuela estética, Blasco Ibáñez era, antes que nada, un excelente colega, un seguro amigo, que lo sacrificaba todo a los deberes de la hermandad literaria. Yo siempre le oí encarecer los méritos de sus compañeros, generosamente. Nunca fué avariento en el aplauso para con los demás. Sin duda porque sentía que con esto nada se le mermaba de los méritos propios. En esta su anchura de pecho y latitud de adhesión a todas las manifestaciones literarias se cifra acaso el secreto de su universalidad. Yo no creo en los genios ignorados ni en el arte del hoy para el mañana. El genio literario es necesariamente actual y universal; lo ha sido siempre. La fama únicamente póstuma, la que se extiende intermitentemente en una minoría deshumanizada y de psique estrecha

(pusilánime) y doctrinaria, corresponde a los genios frustrados, semigenios. Blasco Ibáñez ha sido un escritor universal de su hora. Mi cariño hacia su persona y hacia su obra (aparte las susodichas discrepancias de escuela estética) anhela que lo siga siendo asimismo en todas las horas por venir. Su pérdida —pérdida aflictiva— sobreviene cuando estaba empeñado en la tarea más hispánica y más universal de consuno. Rehabilitar ante la historia, la verdadera historia (la de los sentimientos y las imágenes perduraderos; esto, es la historia del arte literario), a los españoles de vitalidad suprema en lo pretérito; de consiguiente, a los más desplazadores de energía y provocadores de reacciones violentas; de consiguiente, a los más agresivos, y de consiguiente, a los más agredidos (el antipapa Luna, César Borja y su padre, etc., etc.) Estaba creando nuevos mitos hispánicos, de circulación universal, frente a los tradicionales y circulantes mitos anti-hispánicos.

¡Qué amor y qué gratitud le debemos, no ya los escritores, sino todos los españoles!

Ramón Pérez de Ayala

Las nubes

(A Blanca Milanés)

Nubes, nubecitas blancas
que llevan todo el cielo
en sus frágiles góndolas de azúcar;

nubecitas corderas
que azuza con su silbo
un viento pastorcillo;

hilanderitas
del blanco lino que consuela;

casitas vagabundas
donde se ocultan en el día
las estrellas niñas;

nubes, espirales de humo blanco
con que juega a escribir sus iniciales
un dios adolescente;

nubecitas, vendajes en la frente
de la montaña abuela,

languidas novias
que van por los caminos de los cielos
del fuerte brazo de un viento dominguero.

Nubes gaviotas
que dejan caer su sombra en las colinas
como las hojas lilas del otoño.

Nubes Caperucitas que engaña un viento lobo.

Nubes perdidas
que dejan velloncitos
en las bayonetas de mis eucaliptus;

nubes mías de lana
para llenar el cuerpo flojo
de mis payasos pensamientos
y amarrar los tendones de mi ala.

Nubes, venecias ideales
con farolito de estrella por las tardes
y proa voluntariosa de los cisnes
que conducen los versos Lohengrines.

Nubes,
maravillosas nubes,
hostias doncellas de un celeste molino
en las que un dios está cautivo.

ALBERTO GUILLÉN

Lima. 1927.

Algunas palabras con Diego Rivera...

(Viene de la página 199)

le observé, algo especial acerca de la relación íntima que tienen esos símbolos con el Arte.

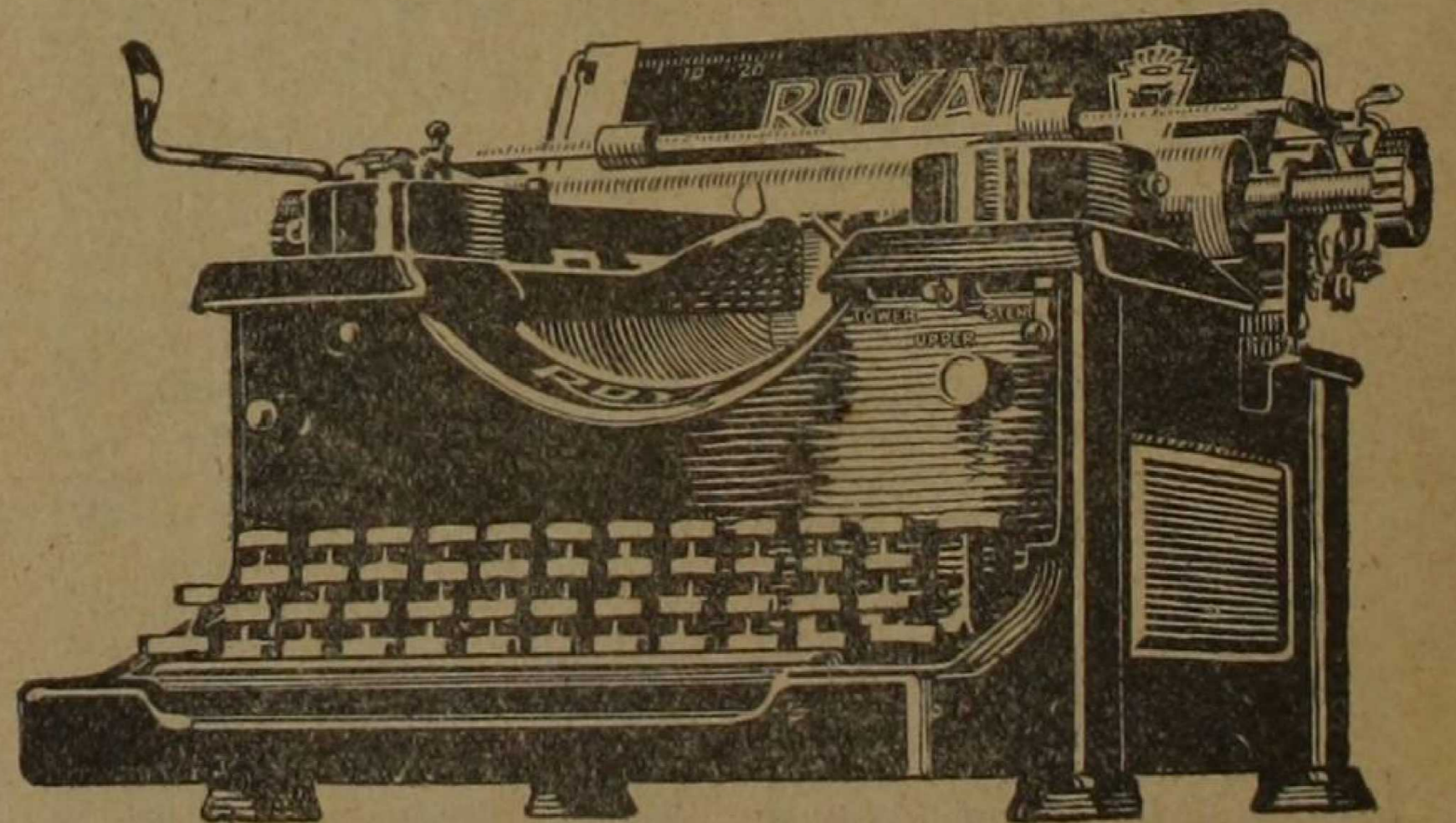
—Pues sí, que yo le doy un valor muy relativo a la teoría económica de lo bello, lo necesario y lo útil; es una teoría enemiga del pueblo; no todo lo útil es necesario o bello, más todo lo bello es rigurosamente útil y necesario. Al pueblo debe enseñársele que lo bello es suyo, que es creación suya, que necesita de lo bello para vivir de verdad la vida. Siempre la belleza ha estado hondamente ligada con la vida, y nuestros

pueblos de hoy ya saben que necesitan *vivir*, que no es sólo comer y vivir cómodamente, sino también cultivar la inteligencia y despertar el espíritu; y esa *vida* la preconizaron esos mártires de la Revolución, de modo que ahí realizan la misión artística de nuestros tiempos.

Quedamos citados para la mañana siguiente. Ya tenía yo la seguridad de obtener de don Diego explicaciones precisas sobre el símbolo general de las decoraciones de la Secretaría, y así fué, efectivamente, como ha de verse en el próximo envío.

Rafael Estrada

San José, Costa Rica.
Marzo, 1928.



La más perfecta del mundo

JOHN M. KEITH Jr.

Representante

SAN JOSE

COSTA RICA

Arboles Silenciosos

(Corriente y Remanso)

Adjetivos y nombres humanos, la corriente
palabrera nos cuenta sus historias de mujer
destruida que pasa vargásvilescamente,
buscando los ruidosos tumultos del placer.

Y verbos sustantivos, el remanso, divina
parábola, dormida nostalgia, silenciosa
mansedumbre de Cristo Jesús, nos ilumina
con una luz de Brujas, gótica y religiosa.

El remanso nos cuenta francisjammescamente
sus cuentos... La dormida voz de Caperucita
y los ojos dormidos de la Bella Durmiente.

Y nosotros decimos: *¡nova incipit vita!*

Vida bajo las aguas del silencio divino.
¡Hermano, hermano mío, quedémonos aquí!
en este árbol de sombra. Llegó nuestro camino
a su isla del Tesoro. Que las palabras y

los palabreros vayan lejos, en la corriente,
arrastrados con furia de locos, lejos, lejos;
mientras en el remanso, la silenciosa gente
es evangelizada mansedumbre de espejos.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nicaragua,
Diciembre 30 de 1927.

El Congreso Panamericano...

(Viene de la página 202)

americano, reconfortante hablar,
en medio de la bancarrota de
los dirigentes.

La lección inmediata que se
puede sacar del Congreso que
acaba de clausurarse, es, para
la América Latina, la urgencia
de renovar sus métodos y su
personal diplomático. Los es-
casos delegados capaces, o bien
inspirados, han visto fracasar su
esfuerzo en medio de la confu-
sión, las vacilaciones, la ausen-
cia de todo plan o voluntad
central. La vuelta ofensiva de
algunos, arrastrados tardíamen-
te por la corriente anti-impe-
rialista, no hace más que sub-
rayar los errores pasados. Ahora
la comedia ha concluido, y los
Estados Unidos quedan dueños
de continuar su táctica invasora.
Lo que queda de una América
Latina cuyos destinos fueron
dilapidados por los intereses in-
dividuales colocados por los po-
líticos por encima de los intere-

ses generales, no puede ser
salvado por los responsables del
cataclismo. Los pueblos del Sur
tendrán, pues, que luchar, por
un lado contra la plutocracia
norteamericana, y por otro con-
tra las oligarquías y los tiranos
latinoamericanos, que son servi-
dores más o menos visibles del
imperialismo. El problema tiene
así un aspecto de política in-
ternacional, y un aspecto de
política interior. Sólo la irrup-
ción al poder de fuerzas nuevas
incontaminadas puede hacer po-
sible la salvación de las repú-
blicas de origen español y por-
tugués, sumergidas gradualmen-
te por la avalancha imperialista.
La continuación del régimen ac-
tual significa para ellas, a un
plazo más o menos largo, la
pérdida de su independencia,
y para Europa, el irremediable
agotamiento de su irradiación
económica y cultural en el Nue-
vo Mundo.

Manuel Ugarte

Niza, Francia

Las aguas del mar...

Las aguas del mar son verdes
verdes como la esperanza,
y el mar se traga las naves
y siguen verdes sus aguas.
De tus ojos el abismo,
es tumba de muchas almas...
y también tus ojos tienen
el color de la esperanza.

A. Ghirardo

(Envío de E.)

Gorriones parisinos

¡Pobres gorriones
que en la gran ciudad
vivís prisioneros
de su inmensidad!

Mientras cae la nieve
y un frío glacial
pone en el ambiente
tristeza letal,
a través del vidrio
de mi ventanal
os miro, ateridos,
la calle cruzar.

Dueños del espacio,
es vuestro el volar
que os brinda el dominio
de la libertad...
Y la calle estrecha
no podéis dejar,
la calle en que el nido
fuisteis a colgar.

La ciudad y el mundo
son cifras, no más,
de lo indefinido
que es el más allá:
aquí en el arroyo,
en que os veo volar,
está vuestra única,
suprema verdad.

Las altas paredes
cubiertas de cal,

el cielo plumizo
y el blanco charcal,
limitan, gorriones,
la pobre heredad
donde se consume
todo vuestro afán.

Y mientras la nieve
y un frío glacial
ponen en las cosas
tristeza letal,
batís vuestras alas,
voláis sin cesar,
actores de un drama
que es universal.

La vida os impone
su ley, que es luchar.
¿Que la nieve cae?
Gorriones, volad!
¿No oís en los nidos
constante piar?
Pobres gorriones
de la gran ciudad!

Hermanos con alas
de un mismo penar,
compañeros tristes
de igual orfandad,
mientras os contemplo
con honda ansiedad,
pienso que es el mismo
nuestro eterno afán!

Juan E. O'Leary

París, Diciembre de 1927.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> . 3 vols.	5.00
E. Dostoyevsky: <i>Los endemoniados</i> . 3 vols.	5.50
Le Sage: <i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> . 3 vols.	5.50
Silvio Pellico: <i>Mis prisiones</i>	1.50
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> . (Poetas y prosistas uruguayos)	7.00
Juan de Bonnefón: <i>El Cantar de los Cantares que trata de Salomón</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).	2.00
Alberto Masferrer: <i>Ensayo sobre el Destino</i>	1.50
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
M. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
José María Chacón y Calvo: <i>Hermanito menor</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Alberto Masferrer: <i>Una vida en el cine</i>	1.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón).	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárata</i>	1.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00

Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Renato Caillé, explorador de Africa

Podría afirmarse que la violencia de una vocación está casi siempre en razón directa de los sufrimientos que el destino depara a quienes la sienten con tal exaltación. Los grandes tormentos no acechan por lo general a un ser débil que destruirían del primer mordisco. Parecen elegir cautelosamente su presa, estudiando el vigor de la víctima, desechando centenares y millares de débiles presas, para fijar por fin su elección en tal cual ser humano, cuyo temple de alma, fuera de concurso, les asegura una heroica capacidad para resistirlos.

Renato Caillé no había sido hasta los quince años más que un niño de los tantos, con la vulgar perspectiva de éstos. A esa edad, cae en sus manos ociosas un libro que todos han leído, sin perder el sueño por él: Robinson Crusoe.

Pero en el niño Caillé pasa cosa distinta. Véase sucintamente la influencia que la simple lectura de un libro de viajes puede ejercer sobre una criatura marcada desde el nacer con la fulgente y cruel estrella del explorador.

Siendo pobrísimo, roba a sus vestidos y sus alimentos el dinero necesario para comprar todos los libros y mapas que puede obtener sobre las regiones tropicales. No le satisface esto. Al año siguiente, teniendo diez y seis de edad, se embarca en calidad de grumete en un buque que parte para el Senegal. Una vez allí se une a tres o cuatro negros que se internan en el desierto a ofrecerse de peones transportadores a Gray, que organiza entonces una expedición. Caillé no es aceptado, y poco después se traslada a las Antillas. Sólo permanece allí seis meses. Regresa a Francia, para reembarcarse en seguida hacia el Senegal. Esta región es, como se ve, su punto de mira. Ofrece de nuevo sus servicios, sin compromiso alguno ni sueldo, a un teniente de Gray que ha llegado hasta la costa, y esta vez sus servicios son aceptados. La expedición de Gray concluye en el desastre. Caillé, aniquilado por la fiebre, logra ganar la costa y regresa a Francia. Apenas repuesto, vuelve al Senegal. Se interna solo a estudiar las lenguas y costumbres del país. De vuelta de nuevo, pierde un año, enfermo. Ya casi sin esperanzas, acepta la dirección de una fábrica de añil, economiza cuanto puede, y dueño por fin de sus medios se lanza al frente de una expedición a la conquista de Tombuctú, la vieja y misteriosa ciudad del centro de Africa, y desde siglos atrás objetivo mágico de los exploradores del Sahara.

La expedición organizada por Caillé, de que hemos hablado, se componía exclusivamente de dos negros; ni un solo hombre más. Esta miserable cohorte, sin embargo, llegó a Tombuctú, a través de las miserias más atroces. Por la parte de Caillé, la interminable travesía de los bañados del Níger abre en sus pies llagas espantosas. Marcha, sin embargo, no

se sabe cómo. A continuidad, se ve atacado por el escorbuto.

«Mi paladar—cuenta él mismo—estaba en carne viva. Parte de sus huesos se desprendieron y cayeron. Mis dientes apenas se sostenían en sus alvéolos. Mis padecimientos eran tan espantosos que temía perder la razón por la fuerza de los dolores que sentía en el cráneo. Durante quince días no pude conciliar un instante el sueño».

Este hombre prosigue no obstante su avance, y llega por fin a Tombuctú. Una caravana parte en esos días para el norte de Africa. Caillé, haciéndose pasar por europeo renegado (ardid al que ha recurrido por lo demás en todo su viaje), logra ser aceptado en la caravana. Pero los tormentos de su enfermedad, del simún y de la sed, son menos crueles que las torturas físicas y morales a que le someten los moros y sus esclavos. Le insultan sin tregua. Y cuando al caer desmayado de su camello intenta volver a subir, le voltean de nuevo a pedradas, entre grandes risas.

Llega por fin la caravana a la costa del Mediterráneo. El cónsul de su patria, ante el cual se presenta Caillé, desconfía de él y se niega a reexpatriarle. Caillé queda abandonado y sin recursos de ninguna clase en una ciudad musulmana. Vive de la caridad de los moros, que no siempre le arrojan alimentos a la cara.

Todo tiene su término, sin embargo, y llega un día en que Caillé pisa el suelo de su patria, a donde ha llegado disfrazado de marinero,—para poder llegar.

Lo admirable de esta epopeya es que el hombre que había realizado el más admirable viaje que registre la geografía de Africa, lo había llevado a cabo a los 28 años, solo, puede decirse, sin ayuda de ninguna especie, y antes bien desairado, rechazado y negado sin tregua; sin apoyo de ninguna empresa, ni la protección de ningún gobierno.

HORACIO QUIROGA

Espiga

Espiga
amiga:

los hombres te talan, te amarran, te paran
con otras hermanas que tanto te amaran.

Gavilla
amarilla:

los hombres te alzan, te llevan, te tiran
al monstruo de hierro, jadeante de ira.

Trigo
amigo:

en la desnudez que exalta tu oro,
¡cómo te aprisionan, cual regio tesoro!
¡Cómo te conducen, cómo te trituran,
buscando la savia de tu carnadura!

Harina
tan fina:

¿qué boca golosa, gustando la miga,
al verte hecha pan, recuerda la espiga?

MARTA BRUNET

Chile.

Los hermanitos de San Francisco de Asís

1.—El santo de los ratones y los libros

Martín de Porres daba de comer a los ratones para que no se comieran los libros. Esto pasaba en Lima en 1639, según la prócer estampa que es el único mérito de este comentario.

En la sacristía, pavimentada de madera que fué desde Panamá en el barco perulero de cabotaje, retozaban los roedores consentidos, estirando las colas para dar gracias a Dios.

—Hermano Martín, ya está el chocolate...

Y el hermano Martín daba a toda prisa de comer a sus hermanos mínimos. Y mientras se gozaba viéndolos hacer piruetas en la canastilla donde hubo fruta, queso y miel, sostenía en el brazo a un ratón inválido, el más viejo de la numerosa familia.

—Venga para acá el picaruelo. ¿Verdad que hay páginas de libros que saben a queso?

Y el ratoncillo abría los ojos de topacio en llama y le temblaban de risa los bigotes. Sobre el anaquel del fondo y encima del ropero donde estaba ventilándose la casulla de oros marchitos, andaban buscando algo que se les había perdido, los otros enemigos del gato. De donde deducía el santo que si el gato es el Diablo, los ratones son los ángeles que se quedaron ganándose el pan nuestro (y el suyo) entre las hendeduras de la tierra.

2.—Doña Adelaida y las hormigas

Doña Adelaida Robles, a los 95 años, cuida las hormiguitas en el atrio de la Catedral de México.

—No me hacen nada. Ya me conocen, porque hace 30 años que les traigo de comer...

Y Arnulfo Rodríguez, que la sorprendió en tan divina faena, cuenta que les iba echando migajas, y y por su pierna subían y bajaban como criaturas huérfanas.

Las tiene negras, de un negror alucinante; las tiene rubias, como el oro inédito de la tierra. Y doña Adelaida las reconoce a todas y al sacudir el pañuelo en que les lleva su ración matinal, sufre por que está pensando en los perros que no tienen médico, y que no pasean en automóvil, ni alardean en la rúa rumbosa. Y sufre porque los gatos no tendrán zapatos en el próximo invierno.

—Nunca me hacen daño mis hormiguitas.—exclama.—Y las quiero tanto, que rezo por ellas a San Lazarito, y le digo: «Ten piedad de los pobres animalitos, que no tienen quién les dé de comer».

Doña Adelaida merece un lugar aparte en el cielo franciscano. Yo le haría una estampa en madera y la pondría rodeada de sus hormiguitas de corazón agradecido. Porque el día que ella se muera, ¿quién va a dar de comer a esas criaturas? Aunque es cierto que para todos da Dios.

3.—Los gorriones del monasterio

Cristóbal de Mendoza y Mendo antes de ir al refectorio se asomaba a la reja de su celda, y en el aire de la mañana se abrían las florecillas azuladas de su oración. Entoncés los gorriones que vivían en la torre del monasterio, volaban hacia las manos del cenobita a comer los frutos de aquella huerta en

que los monjes, con delectación íntegra, acentuaban la santidad de las cosechas.

Con sus manos languidecientes, el Padre Cristóbal evocaba las escenas de los antiguos textos, cuando el santo de las rocas era visitado por el cuervo que traía la rama de laurel, y por el chacal que en el hocico ofrendaba la frescura de los dátiles prietos. Acariciando la bandada, moviendo la tierra para transfigurarla con una flora de evangelario y de oasis, el señor Rector del convento de Tepotzotlán llegó a tener una testa reverenda que pedía la mitra y que reclamaba el palimpsesto para entrar en las *Vidas de los Santos*.

A los 95 años dormía en las esteras ásperas, se daba azotes en el calabozo penitenciario, ponía la frente en las baldosas, bendecía los desposorios de los pájaros ante el altar del firmamento.

Pedía al Señor la mies garzul que es para la boca del malvado y para el mantel de la misa. Pedía la pureza de las alturas para su mentalidad y en su ánfora de arcilla exangüe se compendia el aroma de primavera de los salmos.

RAFAEL HELIODORO VALLE

Honduras.

Bernardo Palissy

Bernardo Palissy fué uno de esos hombres de vasta influencia en la civilización, cuya fecha de muerte se ignora. Como acontece por lo general con estos oscuros hombres del momento, la posteridad se apresura a conferirles en la historia heroica de la raza humana, un sitio de preferencia. Se les erige estatuas, se da su nombre a las plazas públicas, se disputa acaso el sitio de su nacimiento o de su muerte. La deuda queda así pagada.

Lo que se paga, en realidad, es la deuda a la gloria y vanidad del país que le dió a luz. Pero el pago de la incomprensión contemporánea, de los dolores, de las miserias sufridas por ese hombre durante los veinte, treinta, cincuenta años en que arrastró su miserable vida de héroe, esa deuda quedará eternamente sin pagar.

Palissy había ejercido hasta los cuarenta años varios oficios y profesiones, sin descollar en ninguno de ellos. No había logrado ni siquiera hacerse rico. En esa edad tuvo entre las manos, por mero accidente, un jarrón de barro cocido y esmaltado.

Posiblemente el futuro gran ceramista no había nunca tenido ocasión de contemplar de cerca un cacharro. Como Watt ante su modelo de máquina desagotadora, Palissy se siente una sola cosa hasta el final de sus días: esmaltador.

En esa época—a mediados del siglo xvi—los italianos habían logrado hacer avanzar un gigantesco paso al arte de la cerámica. Pero en Francia se estaba aún en la infancia de los esmaltes.

Pues bien: solo entre todos sus compatriotas, y por el espacio de quince años continuos, sin tregua ni desfallecimiento, sin cejar un instante ni apartarse un milímetro de su ideal, Palissy abrasó su vida en los hornos para arrancarles el secreto de los esmaltes. El solo, sin ayuda ni aliento de quien fuere, pues su mujer no hacía otra cosa que echarle en cara lo que ella llamaba su locura que los privaba de pan, mientras sus hijos, de tierna edad, lloraban de frío y hambre.

Los vecinos hablaban duramente de él, al punto de haber intervenido varias veces ante las autoridades. Noche y día, Palissy estaba ante su horno alimentando, pulverizando, cociendo, examinando sus

muestras. ¡Y nada! No eran los esmaltes obtenidos los que él soñaba y buscaba.

Al final de esos quince años, llegó un instante en que el ceramista creyó hallar su divina piedra filosofal del color. En su casa no quedaba ni leña ni dinero. Echó al horno sus muebles, las mesas y las sillas. El fuego, sostenido unas horas, caía de nuevo. Echó entonces al hogar las camas de sus hijos y las tablas todas del piso, sin ver, sin oír, sin sentir nada, pues el hombre que en circunstancias semejantes oye los insultos de sus vecinos, las maldiciones de su mujer y el llanto de sus hijos, no puede decirse de él que tenga uno de esos ideales que lo arrasan con todo.

Pero con la última llamarada de ese fuego sostenido quince años, en que había quemado su vida, su hogar, el amor de su mujer e hijos y el respeto de todos, Palissy acababa de lanzar a su patria cien años adelante en el arte de la cerámica.

Este hombre extraordinario murió aherrojado en la Bastilla, no se sabe a ciencia cierta en qué fecha.

HORACIO QUIROGA.

Acaban de llegar y le interesan:

Armando Palacios Valdés: <i>Las cármes de Granada</i> (Novela).....	3.50
G. Castañeda Aragón: <i>Rincones de mar</i>	2.25
José M. Sacristán: <i>Figura y Carácter</i>	1.50
Luis Cané: <i>Tiempo de vivir</i>	4.00
Fabio Fiallo: <i>La canción de una vida</i> (Poesías).....	5.30
Arturo Capdevila: <i>La casa de los Fantasmas</i> . Comedia.	3.00
Arturo Capdevila: <i>Zincali</i> . Poema dramático del misterio gitano.....	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>La jofaina maravillosa</i>	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>El hombre que habló en la Sorbona</i> .	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>Historias y proezas de amor</i>	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>La asamblea de la bohemia</i>	4.00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubayát</i>	3.00
Arturo Cancela: <i>El burro de «Maruf»</i>	4.00
Fray Luis de León: <i>De los nombres de Cristo</i> (2 vols.)....	2.00
E. Julio Iglesias: <i>Anaquel</i>	3.00
Alvaro Melian Lafinur: <i>Las nietas de Cleopatra</i>	4.00
Oliverio Goldsmith: <i>El Vicario de Wakefield</i> . Novela.....	1.50

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	
REFRESCOS	SIROPE
Kola, Zarza, Limonada,	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Revista Ariel

Autonomía Patria, Letras, Ciencias, Misceláneas.

Director: FROYLÁN TURCIOS

Aparece el 1.º y 15 de cada mes en cuadernos de 20 páginas.

Tegucigalpa, Honduras
Centro América

Marciano Acosta

Alfredo Sánchez M.

Abogacía y Notariado

APARTADO 399 — TELÉFONO 277

SAN JOSE, COSTA RICA

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Sucursal en Cartago: Esquina del Teatro Apolo

Acabando de recibir un surtido de casimires ingleses y contando con 20 operarios de los mejores del país, ofrecemos confeccionar vestidos a ₡ 140 y ₡ 150, así es señores que no hay que gastarse en lujos pagando altos precios en otras sastrerías. También podemos confeccionar, vestidos en buenas condiciones de pago. Contamos con telas de seda y piqué para chalecos de frac.

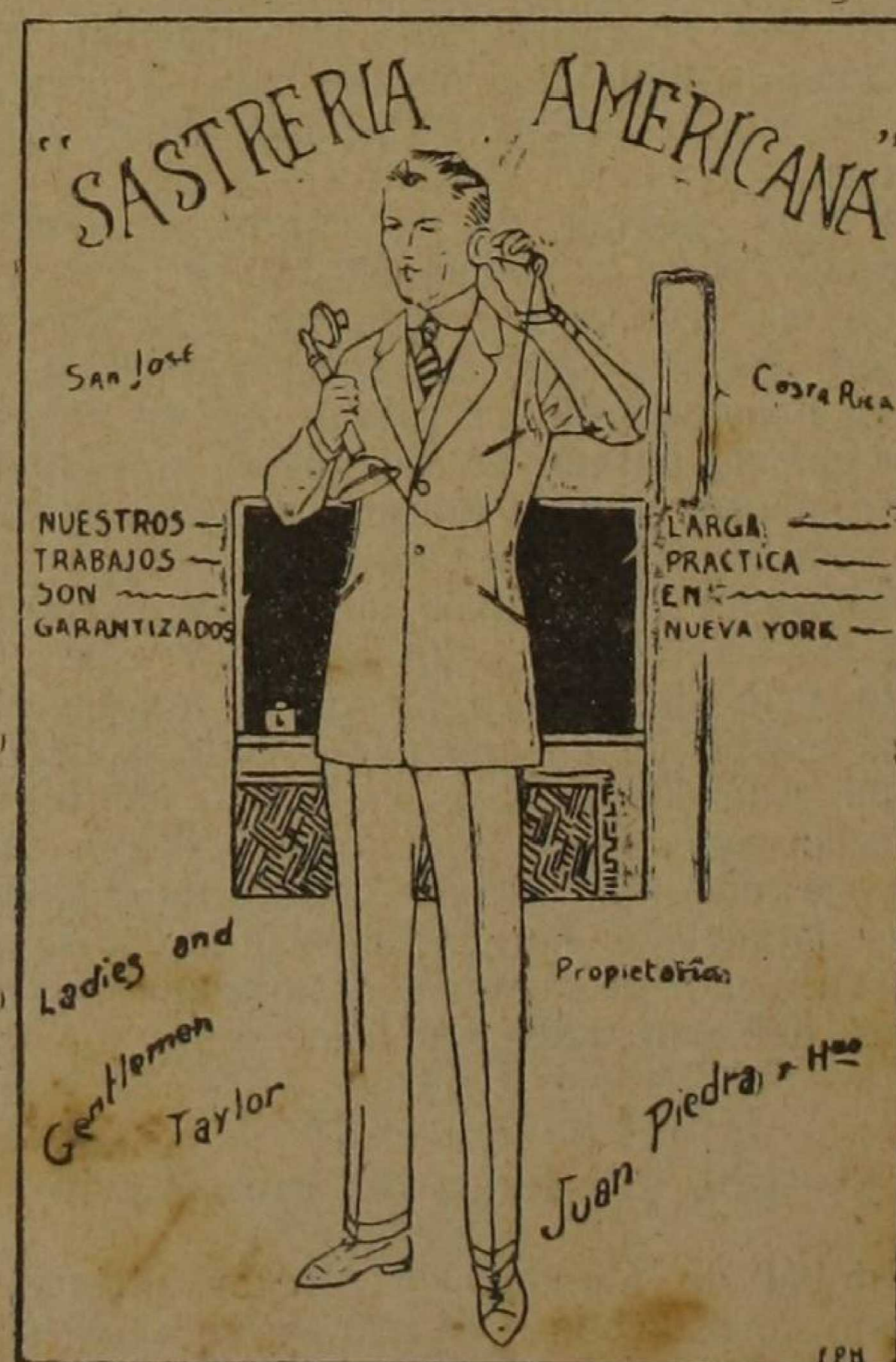
PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs. al Sur de «El Aguila de Oro»



Lado Oeste Foto Hernández